Juan Antonio Henríquez

(1860...)

DISCURSO

Señores:

El Acta que habéis oído leer en este instante, con patriótico recogimiento, cuyas palabras, pesadas y discutidas una tras otra, por nuestros Próceres del año 21 del pasado siglo, con conciencia plena de lo que hacían y del beneficio que anhelaban, para ellos y nosotros sus sucesores, al proclamar, como proclamaron solemnemente, dentro y fuera de las fronteras del Istmo, que "Panamá, espontáneamente, y conforme al voto general de los pueblos de su comprensión, se declaraba libre e independiente del Gobierno español," mereció, como sabéis de fijo, el más honroso dictado que relación alguna de esa misma índole haya merecido. Es esa Acta, repito, según célebre frase del ilustre Simón Bolívar: "el documento más glorioso que puede ofrecer a la Historia ninguna Provincia Americana." ¿Por qué? Lo dijo el mismo esclarecido Libertador: porque "todo está allí consultado: justicia, generosidad política e interés nacional."

Y siendo esas nobles cualidades innatas en el pueblo panameño, parece como que brotaran de la tierra con la lujuriante vejetación de nuestros prados y bosques, y que las cantaran las olas de nuestros mares al quebrarse contra las rocas o sobre la movediza arena de las playas, y las repitieran en nuestros oídos el suave susurro del viento.

Repasad, si no, los hechos de la Historia del Istmo, desde el año 1830 hasta el glorioso 3 de Noviembre de 1903; fijaos bien en esas páginas, donde se reseñan los hechos de nuestras luchas fratricidas, que nunca debieron escribirse,—luchas fomentadas y dirigidas desde la altiplanicie andina, y por lo mismo que, temerarios, llamaron a Panamá "la piedra de escándalo" de Colombia;—fijaos bien en esas páginas, repito, y ellas os enseñarán que, ora fueran vencedores los conservadores, ora los liberales, el vencido siempre encontró en el adversario JUSTICIA, GENEROSIDAD POLITICA E INTERES NACIONAL. Y cuando por excepción no fué así, veréis también en esas páginas que las influencias y los consejos de los istmeños poco pesaban o

© Biblioteca Nacional de España

no eran atendidos, en contraposición a las influencias y a los consejos, de aquellos que llamándonos hermanos, no fueron sino padrastros.

Oh! manes del Ilustrísimo Obispo de Panamá, Fray José Higinio Durán, de José de Fábrega, Juan José Martínez, Carlos Ycaza, Manuel José Hurtado, José Vallarino, Manuel María de Ayala, José Antonio Zerda, Juan Herrera y Torres, Antonio Escobar, José de Alba, Juan Pío Victoria, Gregorio Gómez, Antonio Planas, Luis Salvador Durán, Manuel García de Paredes y Antonio Bermejo, de los Calvo, Arosemena, Lasso de la Vega, Urriola, Arce y Correoso, firmantes de esa Acta veneranda, mantened vivo, imperecedero, entre nosotros, el amor a la Libertad, tal como la entienden y la practican los pueblos cultos no contaminados con utópicas doctrinas; el amor a la Justicia, que es el respeto al derecho ajeno; conservad latente en nuestros pechos la tradicional generosidad política, a fin de que nos haga ver un hermano querido en cada compatriota; y acrecentad, en fin, más, mucho más, cada día, nuestro interés nacional, para fomentar en común el patrimonio de todos, la riqueza nacional y el engrandecimiento de la Nación panameña, con el desarrollo de las industrias y de la agricultura.

Señores: La independencia política, que alcanzamos hace seis años, y que es preciso mantener a todo trance, no podrá ser estable, segura, sin la independencia económica, sin la independencia industrial. Es ésta a no dudarlo, una verdad axiomática.

Las naciones, las colectividades, como los individuos aisladamente, que no tienen y no procuran tener medios, esto es: recursos para atender a su subsistencia, viven, qué digo, arrastran vida miserable e indigna; las primeras exponiéndose no sólo a ser desairadas internacionalmente, si que también a ver ocupadas, a veces, sus aduanas por marinos de guerra extranjeros, y compelidas de ese modo a pagar deudas atrasadas; y los segundos tienen que recurrir a petardear al prójimo, a llevar vida de "sablistas." Aquéllas y éstos, en tales condiciones, no viven vida soberana, vida independiente. Sólo hay un medio conocido hasta ahora para alcanzar una y otra: trabajando y economizando. La preponderancia colosal de Inglaterra, Francia y Alemania, en Europa; del Japón, en el Oriente; de los Estados Unidos en Norte América y de la Argentina, en la América del Sur, está en la riqueza de esas naciones, en el trabajo de sus hijos. El último de los países citados, que por errores de administración figuró hace pocos años en el número de las naciones fallidas, asombra hoy al mundo con su crédito, por su fenomenal producción agrícola, que le proporciona la labor de sus hijos y de los que allí acuden a trabajar.

Imitemos a los argentinos, en una palabra, imitemos a todos los pueblos trabajadores: los capitalistas dándoles la espalda a los negocios aleatorios y leoninos, como los préstamos hipotecarios y prendarios con el 3 y hasta el 10 por 100 mensual, y dedicándose con empeño y entusiasmo al fomento de nuevas industrias nacionales y de empresas a-

© Biblioteca Nacional de España

grícolas, o al desarrollo de las existentes; y los de modestas economías, asociándose para los negocios en grande, o dedicándose por separado a manejar sus propios recursos de empresas a su alcance.

Señores: En la Provincia de los Santos, entre nosotros, donde en 1821 se dió el grito separatista primero que en esta capital, los laboriosos hijos de aquella sección de la República, patentizan, si fuere necesario, el bienestar que brinda el trabajo. Su suelo, menos fecundo que la de las otras secciones istmeñas, produce, sin embargo, hasta hoy, más que ninguna otra: es, puede decirse, el granero de esta capital. Aves, huevos, legumbres, mieles y quesos vienen de allí; cerdos y ganados en regular cantidad; pero sobre todo, aguardiente de caña. Las plantaciones de esta gramínea no están en manos de capitalistas; habrá los menos dedicados a esta industria, que ejercitan en más los labradores de pocos recursos, quienes siembran ellos mismos, cosechan, muelen y hacen su miel, que luego venden a los destiladores. Allí en Los Santos hay bienestar: allí, con él, señores, no peligrará la independencia política de sus hijos.

Sigamos el noble ejemplo que nos dan los santeños todos, e iniciemos el cultivo de otros productos: el cultivo de las frutas; por ejemplo, el de las naranjas, que tendrán extraordinaria demanda en los vapores que crucen el canal en 1915. En la actualidad, una vale aquí cinco centavos plata; a veces, diez. Las naranjas encuentran propicio terreno en el Istmo. Cierto que su cultivo puede considerarse como un trabajo científico, que requiere, para que dé buenos resultados, inteligencia, cuidado, algunos conocimientos botánicos y gran paciencia.

Esta últicа cualidad, entre las citadas, niega el Senador Americano Geo. C. Perkin que tengamos, para los cultivos, los latino-americanos, refiriéndose, en particular, a los hijos de Cuba. "Productos rápidos — dice — es lo que éstos y casi todos aquellos desean. Son, constitucionalmente, enemigos de esperar un año o dos para recoger una cosecha. Por consecuencia de ello, el azúcar y el tabaco serán sus predilectos en el futuro como en el pasado".

¿Tendrá razón en esto el citado Senador por California?

Nó: no es paciencia lo que falta para los cultivos, es egoísmo, sí, que se ha adquirido, en lo que respecta a los istmeños, en el trato con otros hombres, y por el prejuicio, debido a las pasadas contínuas revueltas políticas, de que no había seguridades ni para la propiedad, ni para la vida misma. De ese mal no sufrieron nunca nuestros antepasados de la época del coloniaje español, que de haberlo padecido, se habría dedicado también al cultivo de productos agrícolas anuos; y sus hijos, sus sucesores, nosotros, señores, no regalaríamos nuestro paladar con los sabrosísimos nísperos, de más rico sabor cada uno que todas las frutas pulposas de los países de la zona templada; pero que, como sabéis, es tardía la cosecha, como lo son también las de las chiri moyas, los mameyes, los anones, los mangos y los aguacates.

Yo invito, en este solemne día, a todos mis conciudadanos: lo mis-

© Biblioteca Nacional de España

mo a los de la provincia capital, que a los de las de Bocas del Toro, Coclé, Colón, Chiriquí, Los Santos y Veraguas, hoy que hay paz, orden y seguridad para la vida como para la propiedad, a arrojar lejos, muy lejos de nosotros, el egoísmo enervador. Busquemos en la agricultura, en primer lugar, la riqueza individual y nacional, y con ellas el afianzamiento de nuestra independencia política. Cultivemos caucho, cacao, frutas, y si no aprovechamos personalmente las cosechas, que la beneficien nuestros hijos o sucesores.

Tierras de cultivos hay en abundancia de mar a mar, y desde el Atrato hasta los límites con Costa Rica; el ferrocarril que acorta distancias, y que atravesará el Istmo desde esta ciudad hasta David, está pronto a ser una realidad. No nos hagamos indiferentes; que si nos echamos en brazos de la indolencia, de la holgazanería, veremos cómo los extraños se harán de esas tierras para su beneficio nada más, y los nativos vendremos a ser entonces, no ahora, pues no hay lugar a ello, verdaderos proletarios en la propia Patria; como los hay en otras partes: como lo son los europeos que emigran y encuentran en la América — nuevo país de promisión — vírgenes comarcas, riqueza y bienestar con su trabajo honesto.

Laboremos todos, señores, y así habremos asegurado para nosotros y nuestros sucesores, la independencia política de Panamá, por la cual expusieron, los primeros, su vida y cuanto tenían, nuestros Próceres del año 21!

© Biblioteca Nacional de España

Belisario Porras

(1857)

EL OREJANO (1)

(Fragmento.)

Podrá creerse por la palabra con que encabezamos estas líneas, que vamos a tratar de los becerros que no tienen la marca de su dueño; pero debemos advertir que no es éste nuestro propósito. La palabra orejano, en el sentido que la tomamos aquí, es una palabra compuesta de oreja y asno con que pudiera designarse figuradamente a los individuos de meollo endurecido. En este concepto, el calificativo orejano podría representar un tipo, como deben representarlo todas las palabras empleadas para designar cualidades comunes a ciertas individualidades, que parece las recibieran de un molde único; pero debemos apresurarnos a manifestar que tampoco nos hemos impuesto acometer tan ímproba tarea; ni es todavía la Hetografía una ciencia bastante adelantada para que nos permitamos entrar en las elevadas y abstractas agrupaciones de semejanzas. Sépase que queremos únicamente dar a conocer un personaje que ha recibido por antonomasia aquel enojoso mote; un tipo notable del Istmo, y presentarle con todo su rústico esplendor, con su ciencia del campo, con sus creencias, con sus fiestas y cantos alegres, con sus ocupaciones habituales.

Nace en el campo o en el pueblo, y desde que abre sus ojos a la luz recibe de los habitantes de la capital, antes que en la Iglesia, el primero de los sacramentos y con él, el nombre de orejano; en lo que se ve que aquéllos, a diferencia de ésta, desean perpetuar con el bautismo de su opinión y de sus caprichos, algún pecado original del primitivo Adán en aquellos lugares; como si la actual generación de orejanos fuera responsable de los extravíos y torpezas de sus antepasados, o pudiera traspasarse, a modo de herencia o legado, un hecho psicológico independiente de la voluntad.

Por los rasgos de su fisonomía se puede juzgar que el orejano no

---

(1) Este tipo corresponde especialmente al campesino de la Provincia de Los Santos, que tomó de modelo el autor del artículo.

© Biblioteca Nacional de España

es un tipo vulgar. Su cutis es blanca como la de casi todos los habitantes del Istmo en el interior mediterráneo; su nariz, aguileña; astuta e inteligente su mirada; sus movimientos sueltos y desembarazados. En cuanto al vestido, debemos advertir que no es sólo un accidente de su persona, sino un distintivo especial. Véalo allí el lector con la gruesa zamarra de coleta, heredada al campesino español, que la corrupción del lenguaje ha convertido en chamarra, y que desabotonada siempre, deja al cubierto un pecho abultado; el calzón chingo, terminado en la rodilla, nos permite admirar sus nervudas y curtidas pantorrillas, en donde la espina intenta inútilmente desgarrar la carne; las cutarras de cuero, especie de sandalias, aprisionan sus pies y le defienden de las asperezas del suelo; el sombrero de paja amarilla, sostenido con un barboquejo, deja juguetear con las orejas un par de bucles rizados, en el peinado que llaman galluza, y, en fin, el inseparable cuchillo, ceñido a la cintura, asoma por debajo de la zamarra, que cuelga hasta el muslo, las borlas de la vaina de cuero.

Con ese vestido es imposible que el orejano se confunda con ningún otro tipo; pues aunque el hábito no hace al monje, en cierto modo parece, sin embargo, que las exterioridades humanas son como reflejos del alma. Mas, hablando en rigor, este ropaje característico no es sino el vestido de trabajo de nuestro hombre; pues en los días de festividad suele agregar cotón de bayeta azul que usa encima de la zamarra, y que es para él lo que el poncho para el araucano, el zarape para el habitante de México y la ruana para el habitante de la sabana de Bogotá. Si concurre a uno de sus bailes de ceremonia, lleva pantalón largo y camisa de finísima bretaña; y si se aleja de la casa o del corregimiento, siempre se arma con su punta, que es el arma de sus riñas y de la cual hace un uso atroz con el adversario. Con ella corta y raja por el gusto de cortar y por ensayo, porque no consiente en manera alguna que se diga de otro que es valiente, sin que le dé a él prueba de su valor. Véasele en las fiestas más próximas provocando al que considera su rival: con la punta desenvainada y el sombrero a la pedrada se le acerca y le arrastra por delante el poncho o manta, que es el guante de desafío: circunstancia que basta y sobra para que sea aceptado el duelo. Cada uno se envuelve la manta en la mano y brazo izquierdo para que le sirva de escudo, y la lid se empeña en el acto entre una numerosa concurrencia.

Terminado este ensayo o prueba peligrosa con algunas heridas, el agresor ingresa en el gremio de los bravos de la comarca. Sin embargo, no se crea por eso que el orejano tiene malos instintos: en las peleas nunca lleva su encono hasta matar a su antagonista; casi siempre se contenta con dejarle una señal, y si acontece una desgracia, debe atribuírsele a ocasional embriaguez; a lo que se agrega que el orejano es hospitalario y generoso y que profesa profundo respeto a la sociedad.

© Biblioteca Nacional de España

EL CUERPO DE BOMBEROS

Señores:

El Cuerpo de Bombreos despierta por todas partes en el país y en todos los corazones simpatías y entusiasmos, lo miramos como una institución de honra y de gloria y cuando oímos vibrar sus clarines de bronce, en nuestros pechos repercuten sus ecos resonantes, e inquietos seguimos en pos de sus camisas rojas que son emblema del voraz y cruel elemento que él combate con arrojo y con noble abnegación.

El Cuerpo de Bomberos es, sin duda, una muestra de nuestro progreso moral y de nuestro civismo, y hay motivos sobrados para que nos sintamos orgullosos de él y de amarlo. Todos sabemos, en efecto, cómo surgió, al calor de los intereses urbanos y comerciales de esta capital amenazados, cuántos peligros corrió durante el largo período de rebeldía, de insumisión, indisciplina y desorden en que vivió la Nación de que Panamá hacía parte, y cómo se le ve hoy ya estable y firme, sirviendo de garantía a la propiedad y de modelo a las demás instituciones del país.

La razón de toda esta especie de invulnerabilidad, de la firmeza y estabilidad en que hoy se encuentra, de por qué nos sirve de modelo a todos y por qué lo amamos, está en las virtudes sencillas que lo uniforman, en que hay disciplina y cohesión entre sus miembros, en que de toda esta sujeción a reglas que constituye el estricto cumplimiento del deber han nacido luego el estímulo al honor, el respeto y la confianza mutuas, la cortesía caballeresca y la lealtad.

No es raro todavía ver entre nosotros rasgos desconsoladores de disolución, como un resto de los viejos tiempos de desórdenes. Podrían citarse en efecto, ejemplos de poca diligencia en las oficinas públicas, de empleados posesionados que han jurado cumplir con su deber, que no asisten a sus bufetes de trabajo y cobran, sin embargo, sus sueldos; de subalternos en la administración pública, desleales, tirándoles a sus jefes; de discípulos en las escuelas procurando desprestigiar a sus maestros; de políticos que debieran estar convencidos y que apartan sus ojos de su propia comunidad en busca de emblemas o adherentes en el seno de sus adversarios; de colegas en perpetuo desacuerdo y divergencia, y por sobre todo esto, una atmósfera todavía asfixiante de suspicacia, recelos, rivalidades y desconfianzas; pero felicitémonos, considerando que esto son ya sólo casos aislados de una época que pasó y que no volverá. Nuestra devoción por esta Legión de héroes callados que practican las virtudes contrarias lo está pregonando. Nos inclinamos a ellos como ejemplos que deseáramos seguir e imitar. Comprendemos que para poder decir que tenemos una patria necesitamos contar con hombres que estén siempre en su puesto, que corran presurosos donde los llame el deber, que sean vivos y activos, listos y prontos, como estos bomberos, y que tengan, además, valor, el verdadero valor, el valor del sacri-

© Biblioteca Nacional de España

ficio. En este punto necesitamos ser como soldados. Ya no hay duda ninguna de que la obediencia, el ejercicio y la disciplina ejercen sobre el carácter del hombre una influencia poderosa y creadora. Con razón se dice que para saber mandar se necesitar saber obedecer. Cuántos hombres no hemos visto que, dejados de la mano, caen en la inactividad, en la disipación y en la pereza y luego, sometidos a una severa disciplina y estimulados al deber, al honor y al sacrificio, son redimidos y llevados a una noble vida! En la República se necesita de todo esto. El ciudadano tiene que ser soldado del deber y lo que se llama civismo no es otra cosa que el producto, la práctica de ese deber. Oportuno es recordar que los hombres que más se han distinguido en el mundo, que más mando han tenido y de mayor autoridad han disfrutado, han sido los más obedientes y disciplinados. Wellington no llegó a ser, como fué, el tipo del deber sino porque vivió sujeto a reglas y porque fué durante toda su carrera obediente a las autoridades, respetuoso y sumiso. Sus biógrafos cuentan cómo no lanzó una sola palabra de queja o murmuración porque se le puso una vez al mando de una miserable brigada de infantería después de haber mandado grandes ejércitos en la India y administrado negocios tan cuantiosos y ricos como los de muchos reinos juntos. Muy conocida es su frase en Waterloo al principio de la batalla. Como Nelson en Trafalgar, les dijo a sus soldados: "Muchachos, Inglaterra espera que cumpláis con vuestro deber".

También el padre de la Unión Americana, Washington, hizo de la subordinación y de la obediencia igualmente un culto, y no debió los puros móviles que se le conocieron, su completa rectitud de conciencia y el espíritu de abnegación con que brilló en la vida sino a su disciplina desde sus mocedades. Son inolvidables las frases que dirigió a los Gobernadores de los Estados de que se componía la Unión cuando renunció el cargo de Comandante en Jefe: "Mi oración constante, les dijo, es pedir a Dios que os tenga a vos y al Estado que gobernáis en su santa protección; que incline los corazones de los ciudadanos a que cultiven un espíritu de subordinación y de obediencia hacia el Gobierno, que abriguen un fraternal afecto y amor puro por el orto, por sus conciudadanos de los Estados Unidos en general y particularmente por sus hermanos que han servido en sus ejércitos y, en fin, porque bondadosamente nos disponga a todos a hacer justicia, a amar la misericordia y a conducirnos con aquella caridad, humildad e índole pacífica de ánimo que eran los rasgos característicos del Redentor".

© Biblioteca Nacional de España

Ciro L. Urriola

(1862 — 1922)

SEBASTIAN JOSE LOPEZ RUIZ

Este notable hombre de ciencias nació en Panamá hacia mediados del siglo XVIII de padres humildes, pues "circulaba por sus venas sangre africana mezclada con la noble sangre castellana". Hizo sus primeros estudios de latín y filosofía aquí en esta ciudad; más tarde pasó a terminar su carrera a la Universidad de Lima y en ese claustro adquirió el título de bachiller en filosofía y letras; en ese mismo centro siguió por algún tiempo los cursos de física y de ciencias naturales y aun frecuentó los de jurisprudencia. Concluído que hubo este aprendizaje dirigióse a Bogotá en donde desempeñó el cargo de oficial en la Secretaría del Virreinato. En 1775 el Gobierno de Madrid le confió el cargo de acopiar las quinas que se producían en el país; y en uno de los viajes que hizo a la Corte tuvo el alto honor de ser presentado al rey Carlos III, debido a la protección de D. Pedro Acuña, Secretario de Estado en el Despacho de Gracia y Justicia.

En 1774 López Ruíz anunció haber descubierto en las cercanías de Bogotá el árbol de la quina que hasta entonces se creía que era desconocido más allá de la zona de Loja, y esta afirmación de López dió lugar a una ruidosa controversia con D. José Celestino Mutis el hombre más erudito del Virreinato de la Nueva Granada en esa época, acerca de la prioridad de ese descubrimiento. Mutis sostenía que desde 1772 había descubierto tan precioso árbol en el monte de Tena, y en el año siguiente de 1773 lo había identificado nuevamente en la montaña de Pantanillo. López Ruíz descubrió asimismo otras variedades de quina diferentes a las de Loja en las inmediaciones de la ciudad de Popayán y Absolutamente desconocidas de Mutis.

Sebastián López Ruíz descubrió varias minas de azogue en el Istmo: una en Portobelo y la otra en la misma ciudad de Panamá. En Cáqueza descubrió un manantial de petróleo: "sale, dice, en forma de arroyo de una peña muy grande que se halla más allá del partido de Cáqueza, dentro del distrito de Cumaná, a donde se trasladó el pueblo de Apiay, que dista de esta capital cinco días de camino y es curato de este convento de San Francisco."

López Ruíz hizo un viaje a los Andaquíes con el fin de estudiar la cera que se produce a la orilla de los ríos Caquetá, Putumayo y o-

© Biblioteca Nacional de España

tros de la vasta región oriental comprendida entre Popayán y Pasto.

A la Corte llevó dos marquetas de este extraño producto, elaborado por abejas "menores que una mosca común y mayores que un mosquito ordinario; su color musgo obscuro, las alas tornasoladas y las patitas más largas que lo regular, atendida la proporción del cuerpo; no pican ni causan daño; y así bien puede úno dejar que la cara y manos se cubran impunemente de ellas, pues sólo molestan lamiendo con mucha morosidad la parte del cuerpo en que se fijan. (Relación del Bogotá a los Andaquíes—López Ruiz—1783).

Además de los escritos apologéticos de López Ruiz en relación con la polémica sobre quien era el verdadero descubridor del árbol de la quina en lo que hoy comprende parte del territorio de la República de Colombia, polémica que a nuestros ojos no tiene la importancia que asumió en aquella época porque el hecho en sí mismo no constituye un descubrimiento propiamente dicho, López Ruiz—decimos—escribió una memoria en latín sobre el árbol que produce el bálsamo del Perú; otra sobre la manera de cultivar la canela silvestre; una relación de su viaje a los Andaquíes; una traducción del opúsculo de M. La-Condamine sobre la quina y otras varias publicaciones que aparecieron en el "Memorial Literario" y en las "Variedades de Ciencias, Literatura y Artes" de Madrid en los años de 1793 y 1794.

Existen otras muchas memorias y escritos de López Ruiz que aún permanecen inéditos y que ilustran un período memorable de la historia colonial.

López Ruiz no abrazó con entusiasmo el movimiento que estalló en Bogotá el 20 de Julio de 1810; así que pasó el resto de sus días en la capital colombiana, retirado y en silencio, consagrado a sus lucubraciones y meditaciones de sabio e ignorado de sus conciudadanos.

López Ruiz murió en Bogotá en 1822.

López Ruiz mereció ser nombrado miembro de la Real Academia Médica Metritense y socio de la Real Sociedad Médica de París.

© Biblioteca Nacional de España

Julio J. Fábrega

LA PROVINCIA DE VERAGUAS

Es imposible, con los escasos datos de que puedo disponer, escribir, aún cuando sea sucintamente, una historia de la Provincia de Veraguas. Este trabajo, por tanto, contendrá, apenas relaciones aisladas de acontecimientos que conservo en la memoria por haberlos oído relatar a mis mayores o por haberlos leído en obras o en periódicos en que, más bien de una manera incidental, se hace mención de la materia que ha de ser objeto este trabajo. De las mismas fuentes he obtenido otros datos que pueden ser de algún interés y que consignaré también aquí.

En la Laguna de Chiriquí tuvo Colón noticia de que el oro que obtenía de los naturales, en las relaciones de comercio que con ellos entabló, provenía de las sierras de una región cercana llamada Veragua que demoraba hacia el naciente.

Se ve, pues, que es errónea la opinión por algunos sostenida de que que el nombre de Veragua es castellano y que los españoles lo dieron a esa región a causa de lo abundante de las lluvias. Confirma aún más la opinión de que es un nombre indígena la circunstancia de que la terminación "agua" entra en la composición de muchos nombres geográficos de Centro América cuya etimología castellana sería absolutamente insostenible; tales como Nicaragua, Managua, Comayagua, etc. Con el tiempo el nombre de Veragua se convirtió en Veraguas, pero los descendientes de Colón se titulan aún Duques de Veragua.

En el mes de Octubre de 1502 arribó Colón a las costas de Veragua y reconoció varios puntos de la misma. De consideración sería la cantidad de oro que obtuvo en esa costa, cuando en carta a los Reyes Católicos decía: "En esta tierra de Veragua vide más oro en un día que en toda la Española en un año." De regreso de Portobelo fundó Colón en las bocas de un río, que llamó de Belén, una población a la cual dió por nombre Santa María de Belén.

Trabó Colón relaciones con el Quibián, caudillo valeroso y Señor de aquella comarca, pero cuando éste se convenció de la intención de los españoles de establecerse definitivamente en Belén buscó el apoyo de varias tribus para destruir la recién fundada población. Se le adelantó don Bartolomé Colón, hermano del Almirante, que le acompaña-

© Biblioteca Nacional de España

ba en la expedición, y que debía quedar al frente de la guarnición de Santa María luego que el Almirante emprendiera su viaje de regreso. Atacó al Quibián en su propia residencia a orillas del río Veragua, y maniatado, junto con los parciales que pudo apresar, los conducía por el río, cuando el Quibián, a pesar de las ligaduras que le ataban, se arrojó al agua y ganó la orilla. Libre ya atacó a Belén y esto obligó a los españoles a abandonarla y a establecerse a orillas del mar en un lugar fortificado; y luego, a causa de haber la mayor parte de los compañeros del Quibián obtenido su libertad por el mismo medio heróico empleado por su jefe, los españoles imposibilitados para resistirlos, se vieron obligados a abandonar las costas de Veragua en Abril de 1503.

El Quibián debería ser para los istmeños objeto de igual veneración que lo son en otros países de América los indígenas que defendieron con tenacidad y valor la libertad de su patria.

No fué aislada la actitud del Quibián. Dice un escritor panameño: "Las tribus de Vereguas, con excepción de las del Darién propiamente dicho, fueron las más belicosas y las que más trabajo costó reducir." Creo que no carecen de interés los siguientes conceptos de Acosta por donde aparece que Veragua fué la porción que más tarde recibió la coyunda española: "Crecía entre tanto Panamá en población y plantíos en las márgenes de un río inmediato. El único suceso digno de consignarse en este compedio, fué la guerra con el cacique Urracá, el más poderoso señor de Veragua, que, resistió varonilmente diversos ataques de los oficiales de Pedrarias y del mismo Gobernador, rechazando la primera vez al bachiller Espinosa con pérdida, y combatiendo todo un día a Pedrarias, sin dejarlo ganar un palmo de terreno. Ayudábanle Musá y Mulabá, caciques vecinos y a pesar de la artillería como los indios habían aprendido a aprovechar le terreno para defenderse hostilizaban de contínuo a los pobladores de Natá. Urracá sostuvo por nueve años la guerra, y mantuvo su independencia hasta la muerte. Ya era entrado el año 1521, y se había despachado título de ciudad a Panamá, dándole por escudo un yugo, etc."

El día 24 de Diciembre de 1534 firmó el Rey de España con el Capitán Felipe Gutiérrez una capitulación en virtud de la cual éste debería, a su costa, conquistar la Provincia de Veragua.

Según don Manuel María Peralta a orillas del río Concepción fundó Gutiérrez la ciudad del mismo nombre: aún cuando, como se verá más adelante, la que subsistió con ese nombre, y fué capital de provincia, parece que fué fundada por el Capitán Francisco Vásquez.

Los esfuerzos de Gutiérrez para conquistar a Veragua resultaron estériles puesto que, como aparece de una carta de Andagoya, llegó a Panamá "desbaratado" y sin fuerzas para enristrar la lanza.

En Noviembre de 1536 se había marchado para el Perú; allí militó a las órdenes de Francisco Pizarro y perdió la cabeza a manos del rebelde Gonzálo Pizarro.

La antigua Provincia de Veragua se extendía desde los confines de

© Biblioteca Nacional de España

Castilla de Oro hasta el cabo de Gracias a Dios. En el territorio de esa Provincia estableció el Emperador Carlos V el Ducado de Veragua a favor de don Luis de Colón, nieto del Almirante.

El territorio del Ducado medía 25 leguas en cuadro "los cuales dichos veynte et cinco leguas (según se vé de la capitulación celebrada entre la Corona de España y Diego Gutiérrez para la conquista de Veragua), comyencan desde el río de Velén inclusive, contando por un paralelo, hasta la parte occidental de la bahía de Carabaro, y las que faltaren para las dichas veinticinco leguas, se han de contar adelante de la dicha bahía por el dicho paralelo, y donde se acabaren las dichas veinte y cinco leguas comiencen otras veinte y cinco leguas por un meridiano Norte Sur y donde las dichas veinte y cinco leguas se acabaren comiencen otras veynte e cinco leguas las quales se han de yr contando por un paralelo hasta fenecer donde acabaren las dichas veynte e cinco leguas que se contaren más adelante de la Bahía de Carabaro".

. . . . . .

. . . . . .

No hay constancia de que alguna vez hubiesen sido medidas y amojonadas esas tierras y antes más bien parece que no había entrado todavía en posesión efectiva de ellas don Luis Colón, cuando cedió a la Corona de España sus derechos a ese territorio en cambio de una pensión anual de 7.000 ducados que le fué concedida por la Princesa Gobernadora de Valladolid el 2 de Diciembre de 1537. El territorio Ducado fué incorporado a la ciudad de Natá.

© Biblioteca Nacional de España

Abel Bravo

LOS INDIOS BRIBRIES DE TALAMANCA

(Hoya superior del río Sixaola o Teliri.—Región limítrofe entre Panamá y Costa Rica).

La raza de los bribris tiene bastante semejanza con la tártara, pues estos indios son de baja estatura, de pómulos salientes y ojos un tanto oblícuos; de color cobrizo pero muy morenos, y entre sus mujeres, las hay agraciadas, aunque en escaso número.

La palabra bribri, nombre nacional con que son conocidos los indígenas de que tratamos, quiere decir montañés. Su lengua, según la clasificación de los filólogos, tales como el célebre Humbolt, Max Muller, y otros, pertenece al grupo polisintético: ella al igual de todas las lenguas que se hablan en el mundo, es un organismo vivo en estado de evolución, tanto más libre cuanto que carece de los estrechos moldes en que suelen encerrar a muchas de las otras los gramáticos. Esta lengua carece de artículos; contiene palabras agudas, graves y esdrújulas y es bastante nasal, con sonidos semejantes al chino para un oído no ejercitado en los idiomas.

La indumentaria de las mujeres es muy sencilla: en la casa, consiste en un simple refajo al que se agrega de vez en cuando un corpiño elemental; los hombres gastan pantalón y camisa.

El estado social en que viven los aborígenes es lastimoso: él refleja descrédito y baldón sobre sus dominadores blancos, al dejarlos abandonados en su profunda ignorancia y las supersticiones de su raza. Causa horror y lástima ver sus flojas relaciones de familia, así como la infeliz condición de sus mujeres, que son las que se ocupan, no solamente en los quehaceres domésticos, sino también en llevar cargas pesadas por cerros y por ríos, faltas de alimento y de salud.

Las úlceras, las fiebres palúdicas, la anemia, los animales parásitos del hombre, externos e internos, reinan por todas partes con la ausencia total de limpieza e higiene.

Algunas parejas han sido santificadas con el vínculo matrimonial católico, impuesto por los buenos sacerdotes alemanes que van ocasionalmente a ejercer su ministerio en aquellas apartadas tierras; mas, por lo común, los individuos adultos o adolecentes de ambos sexos se jun-

© Biblioteca Nacional de España

tan fácilmente en matrimonio primitivo, sin ninguna fórmula, y también se separan con igual facilidad, ya que la moral no se cultiva por allí.

Tienen los bribris sus cantores, que son sacerdotes, habitantes del valle del río Coén, tributario de la márgen derecha del Sixaola, y hay un Sumo Pontífice, retirado en las montañas—a manera de Gran Lama o Dalailama—a quien sólo pueden ver sus mujeres y una que otra persona privilegiada. Sus médicos o "suquias,' habitantes de la cuenca del río Larí, otro tributario de la misma margen del Telirí, practican la medicina de modo tan interesante, que creemos vale la pena describir aquí sus métodos curativos.

Cuando un paciente necesita los servicios de un "suquia," va éste a la casa de aquél, preparado para pasar allí varios días. Una vez alojado, examina al enfermo y le da una varita, en la que ha dibujado de antemano, con carbón, varias figuras de animales. Por la noche se sale el "suquia" de la choza llevando en una mochila tejida en el país diferentes piedrecitas que ha recogido a orillas de un río o en cualquiera otra parte, piedras llamadas del mono, del loro, etc., y con ellas invoca al Sér Supremo e invisible, luego da voces, cuchichea, se calla y sostiene, de modo interrumpido y con misterio, conversaciones más o menos secretas, en el monte, con unos loritos blancos en que las piedrecitas se han metamorfoseado para hablar con Dios y revelar al médico cómo debe ser curado el enfermo. Al día siguiente es "soplado" éste por el "suquia," quien le pasa por encima una piel de mono, de tigre, de iguana o de otro animal, arrojando su aliento sobre el paciente al propio tiempo.

Habiéndose repetido por varios días las operaciones descritas, el facultativo comunica a su cliente que las piedrecitas le han dado a conocer la manera de curarlo, la cual consiste en que éste le entregue a aquél, ya una res, donde la hay, ya un puerco gordo, ya alguna otra cosa de importancia a que Hipócrates le tenía echado el ojo desde su llegada o poco después. Por supuesto que no hay que pensar en negar al galeno lo que para él han pedido las sabias piedrecitas convertidas en loritos blancos, pues ello valdría tanto como decretar la muerte del enfermo, y así, curando y curando, la honrosa y productiva profesión no deja perecer en la miseria al que la ejerce.

El alumbramiento de las mujeres tiene algo de espantoso. Llegado el momento, o poco antes, se ausentan del hogar sin dar aviso, se retiran al monte y allí, rodeadas de mortíferas serpientes, sufriendo muchas veces los rigores de la intemperie tropical en noches tenebrosas y en angustiosa soledad, entre los resplandores del rayo amenazador, el estampido ensordecedor del trueno cercano y el incesante bramar del viento enfurecido, traen al mundo su descendencia sin auxilio humano. Como consecuencia natural, ocurre con frecuencia que al buscar a la madre, se la encuentra en el bosque muerta

© Biblioteca Nacional de España

con su progenie al lado. La Divinidad ha sido el único testigo del horrible martirio, de la indescriptible tragedia.

Se sirven los bribris, para sus excursiones cinegéticas, de escopetas, cerbatanas y flechas; las primeras, del antiguo modelo de chimenea, las compran en el caserío de Sipurio o San Bernardo de Talamanca, cerca del río Urén, tributario de la márgen derecha del Teliri, a $ 12.50 (dólares); las segundas son tubos de unos dos metros de longitud, para el uso de las cuales preparan pequeñas bolas de greda, cuidadosamente molidas y asadas al rescoldo; las flechas, de color negro, muy duras y resistentes, las fabrican de la palma llamada en el país "pisvá o pihivá" (pixbae, pejivalle), dándoles alto grado de pulimento y haciéndoles entalladuras laterales, a manera de harpón, con lo cual vienen a ser un instrumento verdaderamente peligroso.

El tapir se considera sagrado en la cuenca del aludido río Coén y al que lo mata y lo come se le mira como un monstruo, como a un ser maldito y repulsivo; mas no así en las otras regiones, donde sí los cazan y preparan, de la misma manera que las reses, descuartizándolos sin degollarlos, ni quitarles el pelo. Hierven luego los trozos, sin lavarlos previamente, y los guardan cubiertos con hojas de plátano para regalarse en sus banquetes, en los que, a falta del rubio licor europeo, hay siempre buena cantidad de la obligada chicha mascada de pixbae o de plátano maduro; la que se confecciona del modo siguiente:

Al rededor de las vasijas en que se va a hacer el licor, se colocan las mujeres, viejas y jóvenes, unas sentadas sobre un leño o piedra, otras en cuclillas, habiendo depositado antes, al alcance de la mano, los pixbaes que van a usar.....y empiezan la tarea llevándose a la boca los frutos crudos para arrancar primeramente, con los dientes, la película que los cubre y masticarlos después hasta llegar a un grado avanzado de trituración; conseguido lo cual, van arrojando en las vasijas el contenido de la boca, envuelto en copiosa saliva, a fin de facilitar con ella la fermentación alcohólica. Como a los moradores de las chozas que pudiéramos, en el presente caso, llamar vecinas, aun cuando algunas se hallan a tres o cuatro kilómetros de distancia, se les ha participado a guisa de invitación, la fecha en que la chicha estará "a punto de beberla", se van reuniendo para entonces, los huéspedes, en casa del anfitrión, dueño de la chicha y alférez de la fiesta, quien ha hecho también provisión de comida archirrústica con que obsequiar a sus amigos de ambos sexos. La reunión dura varios días y la embriaguez se apodera de los varones, principalmente; lo que suele producir funestas consecuencias, si bien no tan frecuentes como pudiera creerse, considerada la barbarie de aquella sociedad.

La chicha del plátano maduro se prepara como la anterior; pero a la de pixbae le dan preferencia los aborígenes, por lo que hemos observado. Ambas son detestables, como ya lo habrán pensado nuestros buenos lectores.

El chocolate se confecciona análogamente; empleando la dentadura para triturar y moler el cacao.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando consiguen pájaros o peces pequeños, los colocan al rescoldo, sin abrirlos ni limpiarlos, y así se los comen.

Siendo humildes y pacíficos los indígenas, no ofrecería dificultad el civilizarlos por medio de una escrupulosa administración que tuviese en mira, principalmente, encarrilarlos por la vía del progreso moral y material; lo cual se lograría estableciendo en Talamanca escuelas primarias elementales, escuelas de artes manuales; de agricultura práctica; de oficios domésticos para mujeres (economía doméstica); organizando por cuenta del Gobierno un servicio gratuito de médico y medicinas e inculcándoles los conocimientos más necesarios de aseo e higiene.

Todo esto se impone sin demora, si en realidad constituimos un país civilizado; y téngase bien en cuenta que aún considerado el asunto desde los puntos de vista mercantil, económico y financiero, daría resultados brillantes.

Los bribris no entierran sus cadáveres: los llevan a un sitio apartado en el bosque, donde construyen un lecho de gramíneas a cierta altura del suelo, lecho sobre el cual los depositan y hacen luego un cerco, también de gramíneas (caña blanca o caña brava), con las que forman asimismo una cubierta horizontal, de modo que no puedan ser los restos profanados por los animales. Cuando la carne ha desaparecido, se retiran los huesos, se envuelven, se llevan a casa de los deudos o amigos con el objeto de celebrar después de varios años la ceremonia llamada "apagafuegos".

Es una ceremonia que consiste en la reunión de algunas familias en la choza donde se hallan los restos del difunto. Allí pasan la noche los familiares y amigos haciendo recuerdos de las hazañas e inclinaciones predilectas de aquél, sin descuidar, entre tanto, la consabida, apetitosa chicha mascada, de la que se hacen repetidas libaciones. Cuando muere el rey, se llevan a cabo, además de los "apagafuegos," tres series de bailes, en tres ocasiones diferentes: cada serie dura más de una semana.

© Biblioteca Nacional de España

Salomón Ponce Aguilera

(1868)

EL ARBOL VIEJO

(Fragmento)

Sí, mi querida Olma; fueron mis abuelos los que plantaron el árbol viejo de naranjo a cuya sombra corrieron felices nuestros años primeros, árbol de flores de albura inmaculada, fragantes y hermosas como las esperanzas idas; el árbol de ramas regulares que en su conjunto convergente hacia su centro formaba las líneas perfectas de un dibujo clásico para una pila bautismal; el árbol de tronco recio que asentaba su fuerza en un sólo pie de paquidermo, erizado a trechos de costras o verrugas semejantes a lepromas; el árbol que fué testigo de más de una historia íntima, que oyó más de una confidencia a nuestros padres, que calló nuestras travesuras, que sonrió nuestras alegrías, que nos brindó su sombra y nos ofreció sus frutos de jugo riquísimo, que nos amó, en fin, como amaban las viejas esclavas a todos los que nacían en la casa paterna, a sus amos, que, a pesar de serlo, supieron soportar regaños y aún azotes de manos que en otro tiempo no fueron sino para la cadena infamante y brutal.

Ya murió. Más antes de que te cuente su fin trágico, déjame evocar los recuerdos adormecidos de la infancia, aquellos recuerdos imborrables de los cuales somos santuario inviolable a través de la distancia y del tiempo, aquellos recuerdos que se apagaron a nuestra alma para morir con nosotros a semejanza de ciertas plantas que hincan sus raíces en los muros de sólido templo y lo quebrantan y vencen más pronto que la barra y la pica.

Quince o veinte pulgadas tendría el diámetro de su base, y como el tronco era hueco, abierto por una portada que tenía todo el delineamiento de una perfecta ventana gótica, allí, en aquel recinto adecuado para la habitación de ave nocturna, halló nuestra fantasía cauce a sus ensueños infantiles, y allí se realizaron, por modo vago e inconsciente, la realidad de lo pasado que aprendimos, las enseñanzas dolorosas de lo que fué presente, las alegrías y amarguras de hoy, que apenas fué entonces deseado porvenir.

No han pasado muchos años, y sin embargo me parece que una dis-

© Biblioteca Nacional de España

tancia inmensa se interpone entre los días de nuestra niñez y los de hoy, cuando apenas la vida comienza a marcar de modo visible los instantes transcurridos en el reloj del tiempo. He aprendido, no sé por qué arte, a olvidar lo de ayer para recordar con más íntimo goce lo que pasó cuando comencé a darme cuenta de mis impresiones de niño. Mi vida tiene algo de retrospectivo que no me explico, aunque mis sentimientos me dicen que vivir del pasado por doloroso que éste sea, es un bien inestimable que a pocos hombres es concedido.

Tú entonces contabas siete años. Recuerdo que alguno de tus parientes te había obsequiado con una hermosísima muñeca de una cuarta de largo, de pelo blondo y fino, de ojos azules que se entornaban cuando se inclinaba hacia atrás; boca apenas entreabierta que ostentaba una hilera de dientecitos muy blancos..... Vestía un traje gris con franjas azules, el menudo zapatito de ante tenía una hebilla en forma de estrella que brillaba en forma de luces de finísima joya.

El instinto de la maternidad, que se revela tan pronto en la mujer, te había constituído en perfecta arrulladora, mejor dicho, en una niña-madre que se forja ensueños de la vida real con una muñeca de porcelana de Sevres. Eras feliz, pero tu felicidad, como dijo algún poeta, debía durar lo que las rosas. Una tarde, cuando más dichosa te creías con tu hermoso juguete, se te desprendió de las manos y se estrelló en las piedras de la calle. Tu amargura fué intensa como la de nosotros los que te acompañamos en el hondo duelo, y si he de hacerte una revelación hoy, es la de que la primera impresión triste que tuve de la muerte fué la de la desaparición de tu muñeca.

Sí, creo verla aún—como he visto después muchas personas de mis afectos—rígida, con los ojos hundidos, la boca contraída con expresión de angustia, el cabello en desorden, fría, con esa frialdad de las cosas inertes que piden el olvido ocultándose en el seno de la madre común.....

Una caja de dominó le sirvió de ataúd. Tú la ataviaste con un recorte de tul blanco, le pusiste azahares como a una persona muy querida, y a mí me tocó ese día el desempeño de doble papel: le recé, imitando a nuestro párroco, las últimas oraciones, para luego convertirme en sepulturero. La llevé en mis brazos, acompañado por nuestros amigos de la vecindad, y en el mismo tronco del naranjo cavé un hueco hondo, muy hondo, y la depositè con cuidado, y la cubrí de tierra, y luego puse una corona de mirto y de rosas sobre el montoncito que indicaba lo largo del cuerpo sepultado.

© Biblioteca Nacional de España

Ramón M. Valdés

LA INDEPENDENCIA DEL ISTMO

A los istmeños nos tocó sentir por atormentadora experiencia la profunda verdad que encierra este principio de derecho constitucional enseñado por los jurisconsultos más notables del mundo: que todos los sistemas de gobierno, aun aquéllos intrínsecamente mejores, resultan malos, si han de ponerse en práctica por hombres que no se inspiran en el bien público, que no conocen el carácter del pueblo, ni sus instintos y que prescinden de sus necesidades y aspiraciones.

La única salvación que se veía para esta comarca era la apertura del canal, porque esta obra, destinada a satisfacer necesidades industriales del mundo entero, nos pondría bajo la vigilancia de naciones poderosas y civilizadas, quienes, por la lógica de los acontecimientos, vendrían a ejercer sobre nosotros un colectivo y benéfico protectorado; nos rescatarían más o menos pronto, del poder de la turba de alineados en cuyas manos nos pusimos incautamente en 1821; o bien curarían el mal de éstos por los procedimientos científicos más avanzados.

Esa solución era estimada como equivalente de una virtual emancipación de la metrópoli colombiana, y por eso el espíritu separatista no volvió a presentarse franco y desnudo, como lo había hecho en ocasiones anteriores, mientras hubo la esperanza de lograr aquel natural y conciliador desenlace.

El canal interoceánico debía ser nuestra redención. Sea que procediesen por instinto, por presentimiento, por convicción o por clarividencia de los bienes futuros a que hemos aludido, el hecho es que no ha habido istmeño de sana razón que no finque sus esperanzas de paz y de dicha en la apertura de la prodigiosa vía intermarina, y que no se considerase obligado a hacer cuanto de él dependiese para que la gran obra se llevase a término.

De ahí los ruegos clamorosos, la ardiente propaganda, los plebiscitos, las delegaciones de personas notables enviadas a Bogotá, todas esas manifestaciones con las cuales el Istmo expresaba al Gobierno de Colombia su deseo de que la Compañía Francesa del Canal impetrase las prórrogas que pedía para llenar sus obligaciones y que la quiebra formidable de 1889 había hecho necesarias.

Vióse al cabo que la mencionada Compañía Francesa no contaba

© Biblioteca Nacional de España

con los recursos suficientes para abrir la ruta; pero el sentimiento de estupor que semejante descubrimiento podía producir en el Istmo, fué neutralizado por la noticia de que el Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, reconociendo al fin las ventajas de nuestra vía sobre la de Nicaragua, por razones de seguridad exterior de esa gran Nación y por la necesidad de desarrollar sus ingentes riquezas, consentía en encargarse de la ejecución de la magna obra, con tal de que lograra ajustar convenios apropiados y equitativos con la Compañía concesionaria y con el Gobierno de Colombia.

Los accionistas de la Compañía Francesa allanaron dificultades, y se hizo el arreglo, que quedó pendiente sólo del asentimiento de la República de Colombia.

Como en el contrato Salgar-Wyse se había estipulado que la concesión no podía ser transferida a ningún gobierno extranjero y como, por otra parte, el derecho escrito de Colombia declara a esos Gobiernos jurídicamente incapaces para adquirir bienes raíces en el territorio de la República, el permiso para el traspaso debía ser obra privativa del Congreso, en quien reside la facultad de derogar o reformar las leyes.

La voluntad de ese cuerpo soberano no podía explorarse en tan grave materia, sino por medio de un convenio "ad referendum," pactado entre los gobernantes de las dos naciones contratantes, el cual, una vez ratificado por los legisladores de ambos países, asumiría el carácter solemne de Tratado Público.

Se ajustó el convenio Herrán-Hay y el Senado de Norte América lo aprobó inmediatamente; no así el Senado de Colombia, que, contra toda expectativa, desconociendo los inmensos beneficios que el Tratado reportaría a la República, sin miramiento a los grandes intereses de los Estados Unidos de Norte América y de la Francia, inspirado por un orgullo miope y una arcaica noción del patriotismo, pronunció un "veto" indignado y enfático, que fué un desafío insensato a la civilización y al progreso del orbe.

"Quidquid delirant reges, plectuntur Achivi:" "Cada vez que deliran los reyes, reciben golpes los griegos."

La negativa repercutió en los ámbitos del territorio istmeño como el anuncio pavoroso de inminente cataclismo, porque se sabía que la ruta rival de Nicaragua contaba en Norte América con osados y ardientes partidarios, a quienes la actitud del Senado de Colombia acababa de hacer el juego, y porque simultáneamente con la decisión de ese cuerpo de legisladores, apareció cercana la elección de Presidente de la República, se oyeron voces siniestras, precusoras de una nueva contienda armada y las miradas se volvieron con espanto a las antes rientes aldeas y amenos campos del Istmo, convertidos por la última reciente guerra, en desolados departamentos de una vasta necrópolis....

La hora había sonado. El pueblo del Istmo, después de padecer una agonía de ochenta años, recibía de sus amos la sentencia de muerte!

Pero la desesperación obra prodigios; ella, como la fe, transporta

© Biblioteca Nacional de España

las montañas y a veces también las despedaza con esfuerzo formidable. El ansia de libertad, largo tiempo contenida y silenciosa, aunque latía febrilmente en las capas populares, como esas corrientes de fuego que caldean las entrañas del planeta, brotó al fin a la superficie con indomable brío, y aventó a lo lejos el poder que se asentaba con abrumadora pesadumbre sobre este viril y generoso pueblo.

La suspicacia y la maldad acusarán acaso a los Estados Unidos del Norte de haber promovido la isurrección en el Istmo; pero semejante cargo, inexacto y vil, no alcanzará a manchar la gloria inmaculada de esta hora santa en que las naciones del mundo saludan con alborozo el advenimiento de la nueva República y alaban el pasmoso valor cívico de sus fundadores.

Quien haya leído esta larga exposición se convencerá de que la tendencia separatista se ha trasmitido con fuerza de tradición casi secular, de generación en generación, en esta comarca centroamericana, y que a ella consagraron devoción entusiasta los istmeños más conspícuos de todos los tiempos. Quien estudie serenamente la grandiosa transformación política que acaba de realizarse en el Istmo de Panamá y examine las causas que la produjeron, advertirá claramente que un acto de tal magnitud y de tan grandes trascendencias sociales no puede tener otro resorte que un sentimiento espontáneo y unánime del pueblo, que busca con seguro instinto su propio bienestar, y que semejante acto y el modo como se ha cumplido excluyen toda idea de intervención extraña.

Revelando aptitudes de estadistas, no sospechadas en Colombia, los istmeños no han hecho otra cosa que consultar en la hora precisa los signos del tiempo; calcular con juicio certero la calidad, el número y el poder de los elementos que podían favorecer la independencia; prever las contingencias y obrar con la fe y la resolución que infunde un levantado propósito, sin vacilar ante las tremendas consecuencias de un fracaso posible. Sin contar con la garantía de compromisos de ninguna potencia extraña, se dió el paso decisivo, porque obvio era que éste había de merecer el aplauso y el favor, no sólo de la gran República norteamericana — próxima a romper sus relaciones con Colombia y natural y admirable protectora de todos los pueblos oprimidos de este continente — sino también de las demás naciones, que tienen todas intereses tan grandes vinculados en nuestro territorio, los cuales acababan de ser temerariamente despreciados por los poderes públicos de Colombia.

Esos intereses, que son también los nuestros, debían ser, y han sido, razón determinante de una alianza, que no por no estar escrita ha sido menos efectiva y que asegurará de modo permanente la independencia y la prosperidad de nuestra República.

¡Loor a los hombres que supieron guiar el movimiento y llevarlo a tan feliz resultado! ¡Loor al pueblo que para conquistar sus libertades políticas no ha necesitado lanzarse al exterminio, ni derramar una sola gota de sangre!

© Biblioteca Nacional de España

Eusebio A. Morales

LA VIDA COMO PROBLEMA Y COMO FINALIDAD

Señoras y caballeros:

Desde que acepté la obligación de hablaros esta noche traté de encontrar un tema que despertara realmente vuestro interés tanto como ya se había despertado vuestra curiosidad, y meditando a solas sobre cuestión tan urgente e importante para el éxito de esta función vinieron a mi memoria, no sé por qué, dos incidentes de la infancia que han dejado huellas indelebles en mi espíritu. El primero ocurrió poco después de haber yo aprendido a leer corrientemente. Era tal mi decisión por la lectura que por ella abandonaba los juegos infantiles propios de la edad y me deleitaba con la Vida del Libertador Simón Bolívar, las Memorias del General Páez y una que otra novela de capa y espada por autores franceses o españoles, entre los cuales recuerdo los Tres Mosqueteros, El Jorobado, El Caballero del Capuz Colorado y Men Rodríguez de Sanabria. Entre esos libros de mi padre tropecé en cierta ocasión con uno muy voluminoso que excitó mi curiosidad sin duda por su título altisonante: se llamaba Una gran Revolución o La Razón del hombre juzgada por sí misma, libro del cual era autor el doctor Manuel María Madiedo, muy conocido hombre de letras de Colombia. Abrí el libro y en su primera página encontré como lema la siguiente estrofa que se grabó para siempre en mi memoria:

"Nada al nacer de más allá trajimos",
Nada al morir de más allá sabemos;
Bajel sin velas, brújula ni remos
En alta mar nuestra existencia es;
Que no sabemos por qué el sol alumbra,
Ni por qué el ave canta y embelesa,
Ni qué hay oculto en la gentil belleza,
Ni qué hubo antes, ni que habrá después."

Algunos años después, en un libro de poesías de otro colombiano ilustre, Diógenes Arrieta, hallé la afirmación contraria más absoluta en una verdadera explosión de optimismo científico condensada así: .. ..

© Biblioteca Nacional de España

La Ciencia explica cuanto el mundo encierra,
Los secretos del seno de la tierra
Y la encendida atmósfera del sol;
La mansedumbre del vencido rayo,
Y de la luna el lánguido desmayo,
Y del ocaso el límpido arrebol.

De la comparación de los dos pensamientos que anteceden, ha surgido el tema de esta disertación.

Esas dos maneras extremas de apreciar cuestiones tan profundas y trascendentales revelan cuán inmenso es el campo abierto al intelecto humano en la consideración y el estudio del hombre, de su existencia y la del universo en donde habita; y ello me ha inducido, no a presentaros conclusiones de ningún género sobre problemas tan fascinadores y tan elevados, sino a ofreceros algunos pensamientos que mañana puedan servirle a quienes tienen hoy la paciencia de escucharme, como un aliciente y como un estímulo para pensar también en lo que tales problemas significan.

El espíritu humano se engrandece y se ennoblece cuando, apartándose de las cosas que tiene junto a sí, levanta la mirada y contempla el firmamento cuajado de estrellas. El espectáculo es sublime y majestuoso: en él se han originado todas las cosmogonías de las razas más diferentes y de los pueblos más extraños; en él se han inspirado los más bellos pensamientos de los poetas y las más grandiosas creaciones y conquistas de la ciencia. Y cuando el hombre alcanza a comprender que el mundo en que habita es apenas una parte casi imperceptible de ese todo armónico y bello que se llama el universo, es natural que investigue cuál es su papel en ese concierto incomparable y cuáles son el origen y el objeto de su presencia en esta isla flotante en el inmenso océano del espacio.

El asunto no puede ser más digno de vuestro interés pues el problema de la vida y de su finalidad ha sido una de las perennes cuestiones propuestas a la razón humana desde que el hombre poseyó el poder intelectual de observar los fenómenos de la naturaleza y de encontrar entre ellos la correlación que los une estrechamente; problema que ha sido confrontado antes y que lo es actualmente todos los días y a todas horas por todos los seres vivos que existen en este y que pueden existir en otros mundos.

Al discurrir someramente sobre materia tan vasta, tan compleja y tan profunda yo no haré sino comunicaros las investigaciones pacientes y las observaciones metódicas de los sabios más grandes y de los inte-

© Biblioteca Nacional de España

La vida orgánica, según esa conclusión, es apenas una etapa de la evolución contínua del universo; es una florescencia efímera del gran árbol de la naturaleza, que ha aparecido en la tierra como ha aparecido seguramente antes en innumerables mundos y que seguirá apareciendo en formas infinitas en cada uno de esos sistemas que nuestra vista contempla todas las noches, que el telescopio nos revela en toda su grandeza y que la ciencia nos presenta como formando parte de un todo inmenso que sobrepasa en sublimidad a cuanto la mente humana puede concebir como sublime.

No me es posible entrar en los detalles de la demostración científica con que el profesor Moore sostiene su afirmación, pero es innegable que la vida orgánica comenzó en formas rudimentarias y que mediante un largo proceso de transformaciones sucesivas ha llegado a culminar en una variedad de organismos complejos entre los cuales el hombre figura como el más elevado y el más perfecto.

El carácter de esta fiesta me obliga a ser breve; pero no puedo dejar de considerar desde un punto de vista más bien estético y filosófico que científico la otra faz del problema propuesto o sea la finalidad de nuestra existencia.

Cuál es el papel del hombre en este mundo? A dónde va y cuál es la ruta que sigue?

A estas preguntas contestan de diversos modos los moralistas y los filósofos. Para pesimistas como Schopenhauer y Carlyle el hombre es un animal dañino que no ha venido a la tierra sino para sufrir, para hacer sufrir o para cometer locuras.

Carlyle, contemplando el cielo en una noche estrellada y pensando en la posibilidad de que todas las estrellas estuvieran habitadas por seres humanos, exclama: A sad spectacle! If they be inhabited, what a scope for misery and folly; if they be not inhabited, what a waste of space!

Escépticos como Bernard Shaw creen que la vida puede ser buena pero que hasta ahora ha sido mala, y que el ser supremo ha estado haciendo con diversas especies experimentos que le han salido fallidos; experimentó con animales formidables como el mastodonte, y tuvo que suprimirlos por inútiles; está experimentando ahora con el hombre y el resultado ha sido también malo, por lo cual él, Shaw, espera que Dios en su próxima experiencia tenga mejor éxito lanzando al mundo un ser menos imperfecto; pero últimamente en comentarios que he visto en su última obra Backo Methusaleh me parece hallar una modificación substancial de sus conclusiones, pues ahora sostiene que el mal del hombre es su corta vida que no le permite aprovecharse para ser mejor de la experiencia que gana en el curso de los pocos años de su existencia. Los estadistas, dice, alcanzan a ganar cierta experiencia de los negocios públicos, pero cuando están preparados para aprovecharla, se mueren, y como el fenómeno se repite siempre, nunca llegaremos a tener estadistas o políticos expertos.

© Biblioteca Nacional de España

Una cancioncilla francesa muy conocida nos dá un concepto melancólico de la existencia humana. Dice así:

La vie est bréve:
Un peu d' amour,
Un peu de réve,
Et puis bon jour.

—

La vie est vaine;
Un peu d' espoir,
Un peu de haine
Et puis, bon soir.

Pero en frente de esos filósofos que han visto el mundo por su faz tétrica, repulsiva y triste, hay muchos otros de sabiduría y de serenidad impecables que tienen de la vida un concepto distinto. John Burroughs, célebre naturalista y filósofo americano, muerto hace algunos meses a la edad de ochenta y cuatro años, ha dejado escrita su eterna despedida de la vida en un pequeño libro titulado Accepting the Universe, obra inspirada y noble en cuyo prólogo se encuentran estas frases:

"Puedo decir de este volumen que abarca muchos temas, pero que en él hay un pensamiento central al cual convergen todos y es el de que el universo es bueno y que debemos considerar una rara fortuna el formar parte de él.

"El corazón de la naturaleza es sano y justo. Experimento hacia esa gran Madre un sentimiento semejante al del hombre que toma una póliza de seguro porque cree que la compañía es solvente y cumplirá sus obligaciones. Yo considero al universo como solvente y digno de confianza. En otras palabras, este es un libro de radical optimismo".

John Burroughs tiene razón. La vida en su conjunto y como resultante de las diversas fuerzas que la crean, la conducen y la dirigen, es en definitiva armónica y buena. Los males que el individuo aislado percibe o soporta, se pierden en la gran suma total de las alegrías de millones que no sufren y gozan de la normalidad de una existencia sana, y el mundo marcha hacia la eliminación de muchas causas de penas o dolores individuales por medio del mejoramiento social en variadísimos sentidos y aspectos.

Yo también soy optimista. Creo que la naturaleza humana progresa y asciende en el sentido de una mayor amplitud de su vida emocional y, eso sólo basta para descubrir nuevas y hermosas perspectivas de perfeccionamiento.

La diferencia esencial aparente entre el hombre y los demás seres inferiores que lo rodean, no está solo en su mayor poder intelectual, sino también en su mayor capacidad emotiva.

Existen tesoros inexplorados en la emoción humana que nos mueven instintivamente a sufrir con los hambreados de Rusia, con las vícti-

© Biblioteca Nacional de España

mas de un terremoto o de un incendio en lugares lejanos y desconocidos, y que nos hacen sentir como cosa propia las alegrías de la victoria de una causa justa. Todas esas son revelaciones de la vida emocional que va ensanchando sus horizontes y multiplicando los impulsos de la benevolencia, pues en ella residen las fuentes de la caridad, de la generosidad y de la cooperación altruista.

La vida humana tiene para mí su justificación y su grandeza, su explicación y su eficacia en el mundo interno de la emoción. Esta es su gloria y su alegría, su consuelo y su esperanza, pues ella lleva en su seno el principio del amor y del bien en sus formas más hermosas.

Esta misma concurrencia que me escucha es una prueba de la fuerza dominadora del sentimiento que impulsa y guía a la especie humana. Estáis aquí porque con vuestro óbolo vais a enjugar una lágrima, a calmar un dolor, a hacer llegar un rayo de esperanza a corazones tristes y enlutados; y venís con júbilo y con entusiasmo a ejecutar esa obra que sólo los hombres saben cómo ejecutar.

Véamos, pues sin recelo el curso y la evolución de la vida: véamos ésta por el aspecto que ennoblece y eleva, por el lado de las emociones generosas y benévolas, y tengamos fé en el advenimiento de una sociedad humana cada día mejor que lleve por lema perenne e inolvidable la conocida frase latina: Sursum Corda.

© Biblioteca Nacional de España

Lisandro Espino

(1861)

LA CRUZ DE MELCHOR

En el extremo sur de la sección municipal de X., comprensión de la floreciente Provincia de Los Santos, se ostenta majestuosa una eminencia con pretensiones de montaña, del corazón de la cual nace entre otros, el río Z., cuyos cristales, siguiendo un cauce relativamente estrecho y no poco tortuoso, que se abre paso en dirección nordeste, se resbalan precipitadamente mientras salvan las laderas y caen a la llanura, que les impone perezosa lentitud hasta que llegan a confundirse con las aguas del Pacífico. En el punto en que parece dividir en dos partes iguales su extensión, entre la margen oriental y una loma que a cosa de dos leguas de distancia se empina en sentido casi paralelo, extiéndese un valle hermoso y fértil, en el cual, allá por el año del 18 . . . descansaba un simpático y risueño caserío, denominado el Hato de . . cuyos moradores fueron siempre tenidos por muy laboriosos , pacíficos, honrados y virtuosos.

La obediencia que aquellos buenos campesinos le rendían al Comisario nombrado por el Jefe Político del Distrito y la esmerada solicitud que gastaban en el cumplimiento de las órdenes emanadas de éste y comunicadas por aquél, no se oponían a la tradicional costumbre de encomendar el arreglo de todas las cuestiones que surgían entre ellos, inclusive las diferencias domésticas, al vecino de más respetabilidad por su carácter, honradez, sagacidad y recto criterio, a quien daban el título de Maestro. Este era el dios chiquito y árbitro del lugar. No había cosa, por insignificante que fuera, que no se le consultara y sus consejos eran atendidos como si hubieran afluído de los labios del mortal más sabio y prudente.

Sus fallos, aunque verbales, pues nunca gastaba papel ni tinta, eran cumplidos al pie de la letra, con gran satisfacción y contento de las partes, porque, lo que creían los paisanos del Maestro, la inteligencia de que a menudo daba muestra, asistida de la despreocupación con que en todo asunto procedía, le permitían impartir la justicia con recomendable tino y la más estricta equidad. Hasta los involuntarios e inevitables yerros que, como ser humano, padecía de vez en cuando,

© Biblioteca Nacional de España

eran acatados por los mismos que habían sido víctimas de ellos, pues aquella sencilla gente tenía por cosa averiguada y sabida, que entre una mala transacción y un buen pleito, era preferible la primera.

En lo que más se distinguían los hateños, era en el religioso respeto que les inspiraba el derecho de otro. Atentar contra la vida, la propiedad material o moral o siquiera contra el bienestar ajenos, daba margen a la general indignación, que, a su vez, engendraba unánime y enérgica protesta contra el atentador, quien incontinente era denunciado ante la autoridad legalmente constituída y generalmente castigado, como quiera que no podía abrigar ni resquicios de esperanzas de encontrar un solo testigo que faltara a la verdad en su declaración para favorecerlo.

Huelga, pues, decir, que la vida de tan venturosos labriegos se deslizaba en medio de las gratas y dulces fruiciones que hace experimentar el cultivo de la virtud, genitor de la tranquilidad de la conciencia, supremo bien a que debe aspirar todo hombre que desea llenar el mayor número de las cifras de la felicidad compatible con la mísera condición sumana.

Pero a la Providencia, que guarda insondables arcanos, le plugo permitir que la dicha y el reposo de que disfrutaban aquelos ingenuos aldeanos, viniera a interrumpirlos la inesperada aparición de dos individuos desconocidos, oriundos, según decían de un paraje bastante distante y dependiente de otro Municipio. Eran los aparecidos la viuda Espíritusanto y su hijo Melchor Vega; éste contaba diez y ocho años de edad y aquélla frisaba en los sesenta.

Los apacibles y bondadosos caracteres de que parecían ser ambos, y la miseria en que estaban, dada la pobreza de los trajes que vestían, la escasez del equipaje y la falta de otros indispensables menesteres, cuya carencia denunciaba una vida miserable y triste, hicieron germinar en los corazones de las personas que los contemplaban, sentimientos de simpatía mezclados de conmiseración, motivo por el cual fueron generosamente acogidos.

Las puertas a que primeramente tocaron y que les fueron abiertas de par en par, fueron las de un venerable anciano que tenía fama de ser la misma bondad, llamado José del Carmen de Fría, quien a la sazón desempeñaba las funciones de Maestro, y a fe que lo era, muy hábil, de carpintería. Paternal fué el afecto que el excelente viejo les dispensó a los huéspedes, en pro de los cuales interpuso inmediatamente su valiosa influencia exhortando a los obedientes lugareños y recordándoles los sagrados deberes que los mandamientos de la ley de Dios y las obras de misericordia nos imponen para con nuestros semejantes, "que en buena ley, no son sino nuestros hermanos". Que en tal concepto, el estado, punto menos que indigente, a que se encontraban reducidos los dos que acababan de llegar, clamaba porque se abriera una suscripción para que cada cual, de acuerdo con sus posibilidades, contribuyera con un epqueño óbolo pecuniario, a fin de allegar recursos con qué hacerse algunas hectáreas de tierra de labor para cedércelas, a título gratuito a los

© Biblioteca Nacional de España

pobres, madre e hijo. Iniciar el Maestro la idea y estar el dinero reunido, todo fué uno. Así que, de la noche a la mañana se vieron los forasteros dueños y señores de un "cerco" de suficiente capacidad para ellos y de una casita pajiza que en el centro de la posesión les fué levantada, mediante el esfuerzo común.

Para mejor inteligencia, y fácil explicación de la causa de los acontecimientos que se desarrollaron en el domicilio de los peregrinos, conviene anticipar la descripción de algunos rasgos de la fisonomía moral de Melchor Vega. Era éste de pésimo carácter, mal inclinado y de negros antecedentes, respecto de la conducta que había observado con su madre, cosa que no se supo hasta después de su muerte. Otra cualidad que figuraba entre las muy lamentables que poseía, era la de ser rematadamente hipócrita, como tuvo ocasión de acreditarlo, fingiendo mansedumbre y bondad mientras se hubo alojado en casa del Maestro; empero desde que se hubo instalado en habitación propia y vístose solo con la que lo había llevado en su seno, reanudó las injurias e insultos a ella, lo cual fué motivo suficiente para que todo el vecindario se les fuera apartando hasta dejarlos en un aislamiento semejante al en que se coloca a la persona tocada de lepra.

No obstante el resentimiento que acaso la viuda tenía a aquel ingrato pedazo de su corazón, si es que existe madre capaz de albergar esa pasión contra el fruto de su vientre, la lastimosa situación en que veía colocado el suyo, la hizo caer en profundo abatimiento que, a poco degeneró en enfermedad, pero muy seria, cuyo estado empeoraba gradualmente.

A Melchor, después de unos instantes de solemne recogimiento y religiosa introversión, le fué imposible la gravedad de sus culpas y la horrible perspectiva que le hacían columbrar la soledad y el abandono que lo rodeaban, al frente de una escena tan lúgubre y sombría, sintiéndose luego presa del remordimiento. Para el infeliz el cuadro era tanto más espantoso cuanto su conciencia le gritaba que los ultrajes que había inferido a la autora de sus días había sido tanto de palabra como de obra. Le temblaban las carnes, y sufría violentas sacudidas nerviosas al considerar que no debía de estar lejano el día en que de grado o por fuerza tendría que presenciar y arrostrar los tremendos extertores de la paciente, al exhalar el último suspiro, tras el cual se le representaba, airada, la justicia de Dios, descargando sobre él su cólera divina. Del recuerdo de su luctuoso pasado, lo mismo que del presentimiento del trágico futuro, surgían en su mente aterradores presentimientos, los cuales le ablandaron el corazón y lo predispusieron a la sensibilidad del dolor moral, precursor del arrepentimiento y del propósito de enmienda. Habría sacrificado mil vidas, si mil tuviera, a trueque de salvar la de aquella a quien debía el sér, de cuya muerte se creía único autor responsable. Pero todos los votos, mandas, ruegos y súplicas, fueron en vano.

Era la hora del alba de uno de los días del último tercio del mes de Septiembre del año de gracia de 18 . . . , cuando el abatido hijo notó en la enferma síntomas de acceso de fiebre, lo cual desahució to-

© Biblioteca Nacional de España

da esperanza y colmó la medida de su tribulación, como que estaba persuadido de que la desfallecida anciana no podría resistir otro crecimiento y así fué en efecto: a poco de entrado el día perdió el conocimiento y el uso de la palabra, y así continuó luchando con la muerte hasta que, como a eso de las seis y media de la tarde, entregó el alma al Creador.

A la explosión de los desgarradores gritos del infortunado hijo, que más que llanto semejaban lastimeros berridos de res cabría presa entre las garras de sanguinaria fiera, fueron acudiendo presurosos y alarmados al punto de donde partían, los habitantes más cercanos seguidos de los un poco más apartados; y así como iban llegando se iban quedando atónitos al contemplar el conmovedor espectáculo que a sus ojos se ofrecía. Al frente del lecho mortuorio en que yacía el cuerpo inanimado de la extinta, estaba Melchor postrado de hinojos y el gesto tan demudado y afligido, que no parecía sino la imagen de la tristeza y el dolor.

El Maestro, que había llegado de los primeros, comenzó a dirigir palabras de consuelo y a aconsejar cristiana resignación al lastimoso huérfano, quien no acertaba a responder nada a propósito de lo que se le hablaba, circunstancia que convenció a todos de que estaba perfectamente distraído.

En previsión de que tan deplorable calamidad reconociera como una de sus principales causas la extremada debilidad, cuyas muestras eran palmarias, ordenó el Maestro la preparación de algunos alimentos, de los cuales apenas una pequeña dosis se le pudo hacer tomar, y eso a fuerza de ruegos y súplicas.

El Maestro se multiplicó impartiendo órdenes concernientes a todo lo que las circunstancias demandaban que se hiciera; y como sus mandatos eran cumplidos sin la menor observación, resultó que a las dos horas estaba el cadáver vestido y acondicionado lo mejor que fué posible según la usanza "de la tierra", para velarlo durante la noche. Esta se pasó en contínuas y devotas oraciones, encaminadas a interceder con Dios tanto por el descanso del alma de la muerta, como por el restablecimiento del juicio del vivo, quien, en medio de sus angustias y desesperación, salía con alguna frecuencia de la casa y pasaba un rato moviéndose en torno de ella, siempre inconsolable y sin cuidarse de las atenciones que en tan doloroso trance le incumbían. Felizmente los extraños no descuidaban de nada.

El Maestro se encargó de la hechura del cajón (ataúd) y a las seis de la mañana ya lo habían concluído. A las ocho, una crecida concurrencia partió, conduciendo el cadáver para la cabecera de la Parroquia de X que está a dos horas de camino. Melchor siguió el féretro hasta como un cuarto de milla, punto del cual, regresó, gimiendo y llorando.

El Maestro solicitó al cura y arregló con él el valor de la ceremonia del cuerpo presente y el de "las tres misas del alma" que quiso que se le dijeran.

© Biblioteca Nacional de España

A las dos de la tarde estaban los asistentes al entierro en sus casas. No poca fué la pena que experimentaron al saber que Melchor había abandonando la suya e internádose en uno de los bosques que demoraban al lado del río. Inútiles fueron los esfuerzos que hicieron muchas caritativas personas por atraerlo a su lado, a efecto de ver si era posible su curación; porque como la locura le había dado por rehuír el trato con la gente, no podía estar sino en el monte. Se mantenía de frutas silvestres y de carne cruda de animales inmundos que de alguna manera podía matar. La costumbre de dormir en el suelo húmedo, puesto que los hechos que se mencionan tenían lugar a principios de Octubre, contribuyó a que la ropa que llevaba puesta se le emporcara tanto, que ya no era sino asquerosos y podridos trapos, asiento de toda clase de insectos, principalmente de moscas. Así fué que un día u otro, se apoderaron de él los gusanos, los cuales es fama que fueron causa de su muerte.

El día 15 de Octubre recibió el Maestro la noticia de que Melchor había dejado de existir, en la cumbre de una colina denominada "La Mesita", en donde lo había encontrado un cazador. Inmediatamente acudió, acompañado de mucha gente al lugar indicado, en el cual estaba el cadáver ya en estado de descomposición, motivo que determinó la necesidad de cavar ahí mismo la fosa en que lo enterraron.

Al lado de la sepultura fué construída una casita, dentro de la cual colocaron una cruz que se tuvo por muy milagrosa, la misma que bautizaron con el nombre de "La Cruz de Melchor".

La anterior es la triste historia del hijo de la viuda Espíritusanto, historia que ejerció gran influencia moral entre los habitantes de todos aquellos contornos, por el horror que su relato inspiraba, especialmente a los hijos de familia.

© Biblioteca Nacional de España

Fray Vicente María Cornejo

(1863 — 1912)

REFUTACION

(Contra una carta del Presbítero Baltazar Vélez V., titulada "Los Intransigentes")

Una vez demostrado que el "republicanismo" no es lo mismo que el "liberalismo político," nada prueba a favor de éste que en la Iglesia predomine el elemento democrático, aunque, si bien se considera, los casos tan frecuentes de hombres eminentes, nacidos en un humilde estado, y elevados por su mérito a los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica, prueban que la Iglesia sabe apreciar el mérito y buscar pastores dignos, pero no puede deducirse de aquí que la forma de la Iglesia sea republicana.

En el Pontífice Romano reside la plenitud del Poder, y sobre él no hay más leyes que la natural y la divina. Es por consiguiente un monarca absoluto, cuya autoridad ninguna ley humana, ningún senado supremo puede coartar.

Nada más diría acerca del contenido del párrafo II, si no hubiera en él conceptos erróneos acerca de la doctrina de mi Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino.

"La verdadera organización del poder es aquella en que todos tienen alguna parte en el gobierno del país. He aquí lo que dá la paz al Estado, porque todos aman entonces las instituciones y las defienden. Esto sucede en la forma política templada, "mezcla de monarquía, aristocracia y democracia," en la cual, "debajo del JEFE UNICO" que preside, están los jefes elegidos por todo el pueblo y elegibles entre todo el pueblo. Y esto es lo instituído por la ley divina para el pueblo de Dios".

Ved aquí las palabras de Santo Tomás aducidas por el señor Vélez para demostrar que el Angel de las escuelas enseña que la mejor forma de gobierno es la republicana.

Yo no trato de impugnar el aserto. Admito sin protesta el título de republicano siempre que el que lo dé no quiera confundir el republicanismo con el liberalismo político. Lo que afirmo es que nuestro Angélico Doctor no dice lo mismo que el señor Vélez, o que esas palabras

© Biblioteca Nacional de España

no dan la preeminencia a la forma republicana sobre las demás formas de gobierno. Veámoslo.

Santo Tomás exige en la mejor forma de gobierno un "Jefe único de la nación" y debajo de él "los jefes elegidos por el pueblo y elegibles entre todo el pueblo." Pongamos los republicanos la mano en nuestro corazón, y respondamos francamente. Esta es la forma de gobierno que nos place?..... Queremos tener un Jefe único que presida y que esté fuera de la elección del pueblo?..... La forma de gobierno más conveniente, según el Angélico es "una mezcla de monarquía, aristocracia y democracia." La primera palabra, monarquía, y aún la segunda, aristocracia, no hacen horripilar a los republicanos sobre todo en América? Cómo se atreve pues, a decir el señor Vélez que Santo Tomás enseña que la mejor forma de gobierno es la republicana cuando esa forma no admite monarquía ni las más veces, "aristocracia?"

No se sigue de aquí que Santo Tomás repruebe la forma republicana. El Angélico doctor no resuelve las cuestiones a medias. Su doctrina acerca de las formas de gobierno puede compendiarse así: 1o. Absolutamente hablando, la mejor forma de gobierno es la monarquía absoluta que imita del mejor modo posibles el gobierno de Dios . . . 2o. Atendiendo a la propensión que los hombres tienen a engrandecerse y abusar del poder, es mejor forma de gobierno la monarquía templada. 3o Teniendo en cuenta la condición de los pueblos, puede ser mejor para ellos la forma republicana. Son notables sus palabras acerca de esto último. "De parte de los hombres, dice, por cuyos actos se regulan las leyes, pueden éstas mudarse cuando se muda la condición de aquellos, según enseña San Agustín; de modo que, si el pueblo es moderado, grave y custodio diligentísimo del bien común, puede rectamente disponer la ley que ese pueblo elija sus magistrados que gobiernen la República". 1a. 2a. Quaest 192, art. 1o.; y en el artículo siguiente establece que es peligrosísimo variar las leyes fundamentales de una Nación.

Voy a presentar una forma de gobierno en todo conforme con la que el Angélico señala ser la mejor de todas, y que nadie sin embargo se atreverá a llamar república. Hablo de la monarquía española tal como estaba implantada en Aragón en los tiempos de Felipe II, el gran tirano, según los liberales.

Allí había mezcla de monarquía, aristocracia y democracia. Allí el monarca reconocía los derechos de la nobleza y del pueblo, y juraba respetarlos y cumplirlos antes de que la aristocracia y la democracia le juraran vasallaje.

Allí si el soberano faltaba manifiestamente a su juramento mandando algo contra los derechos del pueblo se le respondía: se ha recibido la real orden con respeto, pero no se cumple.

© Biblioteca Nacional de España

"Se obedece, pero no se cumple" era la fórmula oficial con que rechazaba el pueblo semejantes decretos.

Allí se elegía para los casos dudosos un árbitro que llevaba el nombre de Justicia el cual debía decidir si la razón estaba de parte del soberano o del pueblo y tanto el monarca como el pueblo se conformaban con su decisión.

Conocían o no, esos ciudadanos sus derechos? Fué necesario que la Convención francesa fuera a enseñárselos?

Lo referido acaecía en el siglo XVI y la Convención se celebró dos siglos después. Juzgad ahora si fué necesaria la decantada declaración de los Derechos del hombre; y juzgad también qué forma de gobierno es más conforme con la doctrina de Santo Tomás citada por Vélez, si la republicana que rechaza al monarca y aún a la aristocracia o esa monárquica templada que era en realidad una mezcla de monarquía, aristocracia y democracia.

© Biblioteca Nacional de España

Edmundo Botello

(1867 — 1911)

ACUARELA

Soy un ave de paso, apreciable amiga mía.

Perseguidor de un noble y elevado ideal, voy doquiera me lleve el violento huracán de esta contienda redentora.

A veces, pobre peregrino, detengo mi cansada y penosa marcha, y me pongo a contemplar el inmenso panorama que se extiende a mi vista, en el cual no se ven más que ennegrecidas ruinas, causadas por los modernos humos que no han hallado dique ni valla a sus desmanes y a sus infamias.

Más allá, a la vera del camino y entre los matorrales se ven blanquear los huesos de nuestros hermanos, que en lucha unos contra otros cayeron defendiendo ya la causa santa del Derecho, o la injustificable de la Iniquidad.

Los montes seculares, los árboles centenarios, se han estremecido con el formidable estruendo de la fusilería que ha venido a turbar la calma y el silencio de que durante la paz disfrutaban.

El río que se despeña desde lo alto de las vírgenes montañas se ha teñido con la sangre de los esforzados y tenaces combatientes.

Allá lejos, al pie de los abruptos "Picachos" los hijos de una misma madre se desgarran las entrañas en guerra cruel y desesperada y la tea del invasor ha convertido en cenizas la casita de paja a cuya puerta se sentaba el pobre labriego a la caída de la tarde, cercado de sus tiernos hijos, para entonar sus alabanzas al que rige los mundos y vela por la suerte de todos los infelices.

Más allá se ve pacer por la llanura árida, convertida en erial, una que otra vaca escuálida que no encuentra con qué saciar su hambre; ella que en días de paz y de felicidad rumiaba la verde grama y a la hora que el sol quema como una ascua se tendía feliz bajo el coposo árbol en tanto que el toro de rígidas astas cuidaba a su lado dispuesto siempre a la lucha.

Hoy de esa llanura no queda nada. Ya el rocío de la noche no deja en cada hojita una perla, ni el viento de la tarde hace abanicar la chichica que puebla las orillas del río que lleva sus linfas y baña la llanura sin conseguir volverle su antiguo verdor y hermosura.

© Biblioteca Nacional de España

Ya los aldeanos no cantan descuajando árboles recios; ya el buey no muge ni el perro tendido indolente a la entrada del cercado ladra al forastero que se presenta a su puerta.

Hoy todo es desolación, y la muerte en su descarnado corcel recorre la llanura en la cual luchan los hermanos, y va arrojando hacia el abismo insondable a los que un día alentó un principio y subyugó una idea redentora, en tanto que un ave agorera lanza desde un angostado árbol, a la caída de la tarde, su lúgubre y triste canto que es como el himno funeral de las montañas.

Mientras tanto, apreciable amiga, yo que soy un ave de paso, sigo el violento huracán de esta contienda redentora.

Quizá mañana de este pobre amigo suyo no quede nada; ni la más leve huella de su paso por este mundo de miserias y de desengaños; pero entretanto, mientras ese día llega, en estas páginas dejo un algo de mi ser, un algo de mi alma soñadora, un recuerdo y una esperanza.

Yo soy, y usted lo sabe ya, un ave de paso . . .

Quede aquí, en este vuestro libro, que es como un árbol en flor mi pobre canto.

© Biblioteca Nacional de España

Heliodoro Patiño

OFRENDA

Abro mi libro de apuntes. Es una miscelánea, registro formal de acontecimientos de mi vida tan accidentada. El libro ajado, anunciativo de que lleva a cuestas muchos años; maltratado, lo que quiere decir que no ha tenido existencia de emperador oriental; sin pasta nacarada ni fragancias, como que no ha andado ni en pañuelo ni en gavetas de una hermosa; el libro, digo, lo conservo y lo quiero y lo mimo.

Ese libro es para mí como un sér viviente. Creo no equivocarme cuando afirmo que tiene alma. Y no es un sér viviente cualquiera, que hay muchos seres que ganarían con la muerte. Es buen amigo mío, confidente de mis placeres y sufrimientos, mi aguijón cuando la emprendo por lo bueno y mi freno cuando cedo al poder del diablillo travieso que lleva cada uno dentro. Leal compañero, con quien llevo la carga que me ha tocado en lote. Testigo de mis descalabros — que lo apenan — y de mis pequeños aciertos, que le producen contento que no disimula.

En este libro se confunden o andan mezclados, en desorden tremendo o en inocente promiscuidad fechas alegres y dolorosas; nombres de hembras y varones; adiciones y restas; hechos y omisiones; amistades, amores, antipatías y odios; todo lo que hace compleja una existencia.

Ese libro contiene mis recuerdos, encierra mis pasiones, registra mi riqueza — que es de orden moral — y guarda, con cariño de amante apasionada, los anhelos míos — que no pueden contarse y en cuya hoguera desaparecen, convertidos en cenizas, mis días.

Tiene pocas páginas en blanco . . . En presencia de ellas me siento como atraído, sufro como vértigos, y me lamento de inacción. Oigo como quejas por la falta de peripecias y voces de acentos desconocidos, insinuantes, melodiosas, como emanadas del misterio. Esas voces me apremian. Cumple, me dicen, un deber que tienes insoluto. Coloca, como buen ciudadano, tu ofrenda, aunque sea modesta; modula tus palabras de justicia; ensalza, glorifica, sin egoísmos, lo que es excelso . . . Y maquinalmente puse el espíritu en aquellas páginas inmaculadas, es-

© Biblioteca Nacional de España

cribí en una de aquellas hojas blancas un nombre. Cuando dejé la pluma ví que decía lo escrito:

Pablo Arosemena

Y la voz, hija del misterio, me gritó: atrévete! Ese caído tiene coraza, ese despreciado tiene baluarte; ese escarnecido, es inocente; ese paria en su patria, es hijo predilecto en todas las demás. Contra aquella coraza no pueden las armas, aquel baluarte es indomable y no se rinde ni al más implacable de los sitios; aquella inocencia por su propia virtud, resiste los conatos de mancilla.

Su inteligencia ostenta luces en las sombras y en las claridades del día: no la apagarán manos de hombres. Cuando Dios lo decrete dejará de brillar.

Su reputación no es efímera, ni obra del acaso, ni producto de combinaciones de ocasión. Está consagrada en inmortales páginas. En la historia de un pueblo, en un período en que no era lícito sino el triunfo del verbo elocuente, de la pluma medida en molde clásico, del pensamiento abriéndole paso a lo legítimo y justo, Pablo Arosemena adquirió fama que no perecerá!

Mientras la Elocuencia tenga sus relaciones; mientras la Política tenga sus episodios; la Diplomacia sus anales; la Jurisprudencia sus revistas, Arosemena será triunfador.

En tanto la Hidalguía tenga devotos; la Abnegación prosélitos; la Lealtad política adoradores; el Valor civil méritos; la Pureza de convicción imitadores, Pablo Arosemena irá a la vanguardia. Cuando se hundan todas las virtudes, se hundirá con ellas.

Eso escribí, como haciendo resumen de cualidades que me fascinan sin mortificarme. Quien las reune es honra de la Patria, y por consiguiente, honra mía.

Esa honra debo amarla como la personal y defenderla, y si fuere preciso contra todo ataque, como si defendiera derechos individuales propios. Esa honra es sagrada.

Y el espíritu del libro viejo se agitó emocionado. A ese amigo — que nunca me ha hecho traición — le agradó mi ofrenda. Y a mí también, por su valor intrínseco. La deposito no a los pies de un ídolo sino en aras de la República y con la unción religiosa de un verdadero patriota.

Pablo Arosemena no me compra . . . ni yo me vendo.

© Biblioteca Nacional de España

Melchor Lasso de la Vega

JURAMENTO PATRIOTICO

Señores: Un montoncito de tierra o un rimero de piedras hacinadas sobre los restos de un ser querido, fué el primer tributo de la gratitud y el cariño en las primitivas sociedades humanas. Las pirámides de Egipto, hijas de sociedades mucho más avanzadas, perpetúan al mismo tiempo la admiración y el respeto de aquellas razas por reyes y señores, la índole de sus instituciones y la grandeza de su civilización, que aunque madre de la nuestra, caería en el olvido sin esos perdurables recuerdos.

En Grecia el mármol, cincelado por el genio, proclama el heroísmo, la virtud y aun las flaquezas de una raza cuyo arte no tiene paralelo en la historia. En Europa y en el resto del mundo civilizado, el bronce y la piedra derrocaron el mausoleo. En los EE. UU. la estatua comienza a ceder su puesto a la biblioteca, la escuela, el hospital y el asilo. Y cuál habrá de ser el mejor monumento con que trasmitiremos a los hombres del futuro, los hombres del Tres de Noviembre? Ah! su hija misma, señores, encarnación la más perfecta del temple del alma de los que la incubaron y lanzaron a la vida, que perdurará, no lo dudéis, en tanto que haya hijos suyos que la amen y bendigan y, por ende, la engrandezcan y defiendan; en tanto que haya cerebros y brazos que conviertan en realidad animada los sentimientos que el recuerdo de su natalicio despierta en nuestro espíritu.

Sí: la República misma es el monumento más grandioso que ofrendar podemos a sus egregios fundadores. Juremos aquí consagrar nuestra existencia a conservarla incólume y a perfeccionarla indefinidamente, para que pase a través de los tiempos cada vez más hermosa y arrogante, y para que la bendita rúbrica que el ingenio y la ciencia moderna han grabado en ella, jamás se altere ni se borre, a fin de que sea por siglos y siglos rótulo sagrado que la generación presente legue a las venideras, como recuerdo y como ejemplo de los hombres que rompieron las ligaciones que la oprimían, para ofrecerle como pedestal a esa obra, la más portentosa de todos los tiempos, de todas las razas y todas las civilizaciones. Y así, la selva de mástiles que pasea triunfante nuestros ricos mares y nuestro ubérrimo suelo, al darnos sus civilizadoras caricias, entonarán eternamente también el himno de la libertad, que resonará en las alturas como un canto de cariño y agradecimiento a los héroes de 1903.

© Biblioteca Nacional de España

Samuel Lewis

(1871)

PANAMA LA VIEJA

Descubierto el Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa, nuevos horizontes se abrieron a la influencia y poderío de los Reyes de Castilla; vastos y ricos territorios desconocidos sí, pero palpitantes en el espíritu del inmortal Adelantado, se extendían a lo largo de aquella costa inmensa bañada por las tranquilas aguas del nuevo océano, y necesario fué la escogencia de un sitio que sirviera de base a las futuras empresas de aquellos hombres superiores, cuya fuerza y osadía continuarán siendo la epopeya más grandiosa de la raza latina.

Tras largas vicisitudes y luchas sin cuento, en que la sorda envidia y el odio feroz encendieron en pechos hermanos las más terribles pasiones y armaron sus brazos de la más refinada crueldad, retardando la conquista americana y modificando por entero el carácter de ella con la injusta ejecución de Vasco Núñez de Balboa, designóse para tal fín el caserío de pescadores indios, situado a orillas del Mar del Sur, donde un destacamento enviado, desde la isla de Taboga, por Pedro Arias Avila a recorrer la costa, se encontró con las fuerzas expedicionarias que por tierra conducía el Licenciado Gaspar de Espinosa, y en ese villorio conocido de los indígenas con el nombre de "Panamá" se fundó, el día 15 de agosto de 1519, la primera ciudad del continente americano.

Desde su origen, como en nuestros días atendida solamente la evolución natural del género humano, la ciudad de Panamá desempeñó idéntico papel; constituyó entonces, gracias al poder de España, el punto distributivo de civilización y fuerza, de luz y de grandeza, para toda la América, como constituye en nuestra época el centro distributivo de comercio y de riqueza, de progreso y de bienestar para el universo, en virtud de la apertura de la vía acuática transístmica: sueño acariciado durante cuatro siglos por los cerebros poderosos del mundo que redondeó el genio portentoso de Colón.

De allí que el crecimiento de la antigua Panamá fuera sólido y rápido, a tal extremo, que al par que excitaba las locas ambiciones de bucaneros y piratas con los inagotables tesoros que hacia ella convergían y en ella se congregaban, para seguir camino de España, también suscitaba la admiración de los países civilizados por el suntuoso es-

© Biblioteca Nacional de España

plendor que iba adquiriendo y la codicia de los pueblos poderosos por su especial situación geográfica que la convertía en la llave del Mar del Sur.

Estas condiciones trajeron su ruina y su renacimiento luego, en punto no lejano del que ocupó en sus primeros días.

El miércoles 28 de enero de 1671 el terrible pirata inglés Henry Morgan, se apoderó de ella después de violento combate en sus cercanías y las llamas redujeron a cenizas aquel centro de civilización que durante ciento cincuenta años había enviado irradiaciones de progreso en todas direcciones. Surgió después otra Panamá, y con el correr del tiempo, la llave del Pacífico pesó demasiado en las manos inexpertas que la sostenían, de modo que sus hijos, celosos del porvenir que el destino les tenía reservado, resolvieron empuñarla ellos mismos y sobrevino el 3 de Noviembre de 1903 que fué algo así como la gloriosa aurora de la fiesta que ahora celebramos con motivo de la conclusión del puente de agua echado, con gesto firme, sobre una porción del trozo de continente que una vez se llamó "Castilla del Oro".

No fué Morgan quien puso fuego a la ciudad enloquecida; la tea incendiaria en este caso se convirtió en emblema de sacrosanto patriotismo, porque los españoles prefirieron destruír la hermosa villa antes de verla en poder del enemigo.

Por ese entonces Panamá la antigua había llegado a su mayor desarrollo. Era una ciudad opulenta, capital de Tierra Firme, residencia del Gobierno, Sede Episcopal y riñón del comercio americano. Por ella desfiló lo más granado que los Reyes Católicos enviaron a las tierras del nuevo hemisferio; por allí pasaron las más altas autoridades destinadas a las colonias españolas y prelados de envidiable prosapia, oidores distinguidos, miembros de la Inquisición, personajes de la más elevada alcurnia, guerreros de bravura proverbial y caballeros de la Corte, residieron en su seno y se agitaron en medio de una sociedad exquisita y refinada que en el ambiente de lujo traído de la metrópoli se desenvolvía lentamente a la margen de ese mar tranquilo y apacible, al cual las riquezas fabulosas del Perú daban mayor renombre cada día.

Con el tráfico intermarino, hecho a dorso de mula, que en caravana interminable recorría de orilla a orilla la garganta americana, llevando espléndidos presentes y cargamentos de metales preciosos de valor no soñado a los pies del trono que fué de Carlos V, los pobladores ensanchaban sus fortunas; la iglesia, al influjo de la fe robusta y vibrante de la época, cumplía celosa su misión de sacar de la barbarie a esos moradores de las selvas seculares; y los conventos que por instantes acrecentaban sus riquezas y valiosos atavíos, se convertían en centros de educación y de cultura.

Aquella ciudad esplendorosa se levantaba sobre un sitio plano en parte de roca, a orillas del mar, y se extendía desde el río Gallinero (Río Abajo) cuya desembocadura formaba su puerto al Este, hasta el Río Algarrobo (Quebrada de la Carrasquilla) al Oeste, en una distancia de mil cuatrocientas yardas más o menos; de las arenas del mar se

© Biblioteca Nacional de España

dilataba hacia tierra adentro, cuatrocientas ochenta yardas aproximadamente, de modo que ocupaba una área de cerca de ciento cuarenta y dos acres o cincuenta y siete hectáreas y media sobre las cuales se levantaban 700 artísticas casas de maderas del país, a basamentos de piedra tallada extraída de la hermosa cantera ubicada en la falda meridional del Cerro de Matanza; casas dispuestas con gusto y riqueza donde se alojaba una población de 12.000 almas.

Tres caminos conducían a su recinto: por el extremo occidental el que llegaba a Ancón; por el noroeste el que la comunicaba con Natá y por el nordeste el memorable empedrado que la unía con Portobelo, y el mismo que resistiendo los embates del tiempo y del abandono conserva todavía su carácter de maravilloso monumento histórico.

© Biblioteca Nacional de España

Enrique J. Arce

(1871)

LAS HUACAS O TUMBAS

Bajo el nombre genérico de "huacas o guacas" se designan en el Istmo de Panamá las tumbas de sus antiguos aborígenes, esparcidas en el Darién, en Coclé, en Veraguas, en Bocas del Toro y especialmente en Chiriquí, que es donde más abundan, lo cual demuestra que una raza numerosa pobló esta última región antes de la conquista española, pues es inadmisible suponer que tribus lejanas hubiesen ido a trasportar sus muertos allí.

Los cementerios indígenas se hallan ocnstruídos sobre las colinas, sobre las mesetas de las llanuras, en las montañas, en los valles o cerca de las riberas de los ríos; casi nunca a la orilla del mar.

Hánse encontrado numerosos féretros de piedra labrada en el Darién y en Veraguas.

Berthold Seeman divide las tumbas de los doraces en dos categorías: las de la primera son bóvedas construídas con piedras colocadas de modo tal que el conjunto se asemeja, tanto en la forma como en el tamaño, a un ataúd rectangular; las de la segunda, que son más numerosas, consisten en montones de guijarros de tres o cuatro pies de alto por otros tantos de profundidad. Estas encierran en su seno objetos de alfarería y piedras de moler maíz con tres piesé aquéllas, las cenizas de los muertos, joyas de oro y objetos de barro.

La entrada de las huacas de bóveda está siempre situada hacia el Oriente.

Las varias formas de las tumbas pueden en rigor reducirse a seis:

1º HUACAS REDONDAS.—Unas son fosas cuya entrada está revestida por piedras; otras son una perfecta bóveda construída dentro de la tierra, bóveda a la cual le sirven de losa varias lajas blancas. La profundidad es de 4½ a 6 pies y de 3 a 4 en su mayor diámetro.

2º HUACAS OVALES.—Están construídas lo mismo que las anteriores, diferenciándose únicamente en la forma.

3º HUACAS DE CANA.—Debajo de la tierra se encuentra una excación rectangular de dos o tres metros de largo por un metro diez centímetros de ancho, cuya parte superior la cubre una serie de piedras de las que se encuentran en los cauces de los ríos.

© Biblioteca Nacional de España

4º HUACAS DE PILARES DE PIEDRA SIN BOVEDA.—Son unos hoyos cuadrangulares que tienen en cada extremo un pilar, y a veces en el centro otro, pero más pequeño; encima una gran laja a modo de losa, y sobre ésta numerosas piedras.

5º. HUACAS DE PILARES DE PIEDRA CON BOVEDA.—Están formadas con baldosas planas. Entre cada pilar hay un empedrado a modo de pared. Estas tumbas tienen las mismas dimensiones que las de la segunda clase.

6º. HUACAS DE CISTERNA.—Son de una construcción verdaderamente maravillosa o sorprendente para ser hechas por un pueblo bárbaro. A pocos centímetros de la superficie del suelo se descubre un pavimento de 13 pies de largo por 10 de ancho y 2 de altura, poco más o menos, el cual cubre un primer hoyo que tiene de 6 a 7 pies de profundidad. De los cuatro ángulos o esquinas se destacan sendos pilares cuyo diámetro es de 10 pulgadas; en el centro, a igual distancia de los cuatro ángulos aparece otro pavimento que viene a servir como de losa a un segundo hoyo de menor capacidad que el anterior, medio parecido a una probeta. En este segundo hoyo se encuentran depositados huesos humanos con piedras de moler, joyas, objetos de alfarería y otras cosas más. La profundidad que se extiende desde la superficie de la tierra hasta el fondo de la segunda fosa, es de unos 18 pies. El cadáver se enterraba con la cara hacia el Oriente; al lado derecho le colocaban sus armas, a la izquierda las vasijas de barro con los alimentos que se juzgaban necesarios para el gran viaje a la eternidad; arriba, hacia la cabeza, sus joyas de oro. En la región que ocupaba el vientre se ha encontrado una sustancia blanquecina llena de aire, la cual parece que era leche de caucho introducida en el cuerpo del cadáver para preservarlo de la descomposición pútrida por algún tiempo.

Acostumbrábase otras veces no colocar en las huacas el cadáver, sino sólo sus huesos ya descarnados y lavados.

Un inglés, Mr. B. White, que estuvo explorando a Chiriquí, escribe:

«Para cementerio se escogía una loma seca, elevada, de tierra fácilmente excavable. Se hacía un hoyo, cuyo diámetro era de una yarda poco más o menos, en dirección vertical a veces, o angular o bien inclinada. La profundidad variaba de 15 a 60 pies, y en el fondo se hacía una bóveda en la tierra. Allí se depositaban los muertos junto con su armas, sus utensilios de trabajo y de cocina, sus adornos, y generalmente sus bienes muebles, así como también se colocaba maíz y chicha de este cereal al lado de los cadáveres. La bóveda y el hoyo se llenaban luego de tierra muy pisoneada, empleándose para ello, según parece, una tierra peculiar, distinta de la extraída del hoyo. No es raro descubrir en esa tierra un olor aromático particular, y siempre se hallan fragmentos de carbón vegetal mezclados con ella en mayor o menor cantidad».

© Biblioteca Nacional de España

Antonio Burgos

PAX

(Página de mi libro)

"Passant, penses-tu passer pour ce passage
Oú, passant, j'ai passé?
Si tu n'y penses pas, passant, tu n'es pas sage
Car, en n'y pensant pas, tu te verras passé."

Todo declina y acaba. Las últimas hojas amarillentas caen del árbol sobre nuestras espaldas o se arrastran agitadas por el viento ya secas y muertas.

Cuánto recogimiento en el ambiente! Un velo de niebla que desciende hasta el campo aleja de sus faenas al labrador y en la ciudad todas las preocupaciones por la nueva estación callan en esta hora para dejar un puesto a los tristes recuerdos.

Estamos en la novena de los muertos y la fecha dolorosa nos lleva en peregrinación hacia la demora donde nuestros queridos afectos nos han precedido y allí donde nos esperan. Despierta el campo santo de su largo silencio, su soledad se puebla, tremolan en el aire opaco luces pálidas, las flores abandonadas sobre las tumbas exhalan agudos perfumes y por doquiera se escucha un susurro de llantos y de plegarias..

En las criptas húmedas brillan centenares de luces como dispuestas para una lúgubre ceremonia y el olor de la cera que se derrite atraviesa el cuerpo para llegarnos al alma. Aquí yace..... allá reposa en paz..... pero todas estas piedras que cubren tantas tumbas parecen precauciones, obstáculos contrapuestos a su resurección.....

He visto soberbios monumentos alineados bajo majestuosos pórticos: ostentación de sobrevivientes mejor que homenajes a extintos. Siega la hoz la robusta encina y el débil arbusto..... un ángel señala la vía del cielo a una pobre almita surgida apenas a la vida..... de una tumba semi-abierta una mano demacrada nos envía su último adios.... cuando más allá un viejo colosal que representa el Tiempo nos marca la eternidad..... Cuántos grupos artísticos, cuánta suntuosidad, cuánta riqueza de materia!.....

El potentado duerme solitario todavía y todavía soberbio en la suerte común. Ni un rayo de sol calienta la gélida piedra que lo cubre,

© Biblioteca Nacional de España

ni una gota fresca de rocío restaura las flores del recuerdo, ni un pajarillo se posa a entonar una canción.

Oh! cuánto mejor es dormir en la tierra humedecida por el sereno de la noche o calentada por el sol del mediodía y tener en torno mil y mil compañeros y encima la hierba, las flores y los céspedes y los nidos donde se forma una nueva vida!

Cuán conmovedoras son aquellas cruces blancas que extienden sus brazos hasta formar una cadena que llega más allá de la tumba! Allí se retuerce la hiedra, allí apoya la rosa su corola y el viento la acaricia diseminando un polvo de oro..... En aquel pedazo de tierra los que mueren se hallan tan cerca de nosotros, bajo nuestra planta, vecinos a nuestra plegaria, hasta respondernos tantas cosas dulces y dolorosas y confortarnos con una palabra de fe, de esperanza y de amor. Una cruz blanca con una cinta anudada, o una guirnalda de flores; un nombre y una fecha pueden ser un poema de afecto más grande que el más soberbio de los mausoleos. La violeta que nace espontánea y que encierra algo del extinto es más preciosa que una joya resplandeciente. La naturaleza tiene para los hijos que duermen en su seno verdura y flores, caricias de céfiros y frescuras de rocíos, susurros y murmullos, mientras azul infinita allá arriba se encorva la bóveda celeste!

© Biblioteca Nacional de España

Juan B. Sosa

DESCUBRIMIENTO DEL SITIO DE PANAMA LA VIEJA

La historia de la vieja Panamá se conexiona estrechamente con todos los incidentes de guerra y de opresión ejecutados en el país por los españoles, desde que en 1510 echaron a las orillas del golfo de Urabá, en el villorrio de Cemaco vencido y fugitivo, los fundamentos de Santa María la Antigua del Darién, cuartel de las siguientes empresas de descubrimientos y conquistas que dieron a sus ejecutores justa fama y nombradía. Almácigo y entrenatorio de aventureros codiciosos más que de gloria, de riquezas, de ella partieron el 1o. de Septiembre de 1513 aquellos ciento noventa esforzados y resueltos castellanos, arrastrados por el prestigio y la fe de un guerrero audaz que no les iba en zaga en puntos de intrepidez y de bravura, en demanda de un nuevo mar, oculto a su ansiedad tras ignotas y azuladas cumbres de abruptas montañas, como perdidas en las brumas de la lejanía.

Ni los arredró la vegetación espesa que formaba impenetrables bosques de añosos y empinados árboles; ni enervó su entusiasmo y su energía el sol luciente que los castigaba con sus quemantes rayos en la pampa; ni contuvieron sus bríos los tremedales del suelo en los cuales se hundían, ni el torrente impetuoso de hinchados ríos que atravesaban en débiles balsas; y mucho menos fué parte a contener sus empujes la hostilidad de los salvajes que quisieron, ilusos, atravesarse en su camino. Al final de todas estas circunstancias adversas, trepó la expedición el 25 del mismo mes los escarpados de una montaña, desde cuya cima pudo el jefe afortunado que la conducía, admirar, sólo con su egoísmo, el piélago desconocido, infinito, cuya contemplación hizo repetir a sus compañeros el grito de esperanza y de consuelo que vibró en los labios de los Jenofonte, los diez mil de la retirada epopéyica, al salir de las soledades del Asia:

Thasala! Thasala! El Mar! El Mar....!

Era el "Mar del Sur," confirmado "Pacífico" por Magallanes cuando entró en él en su viaje de circunnavegación; el mismo mar en cuyas orillas mantuvo por lustros su trono de soberana la antigua Panamá.

El hecho, por lo trascendental, elevó al cenit la estrella de Balboa

© Biblioteca Nacional de España

y en él brilló un instante con sus más vívidos fulgores, envolviendo su nombre que la fama y la justicia, concordantes, habían de colocar entre los de los grandes descubridores. El destino fatal precipitó, empero, sus opacidades, y cuando aun no había dado reposo entero a las fatigas y pesadumbres de su jornada inmortal, arribó a fines de Julio de 1514 a las playas de Urabá la expedición conducida por el Coronel don Pedro Arias Dávila, a quien la Corte de España había nombrado Gobernador y Capitán General de Castilla del Oro. De acuerdo con previas instrucciones de la Corona y en desarrollo de planes concebidos por Vasco Núñez de Balboa, Pedrarias mandó varias comisiones militares al Occidente y al Sur del país para fundar algunos establecimientos que se eslabonaron entre sí en el proyectado camino del uno al otro mar. Sobre la costa de San Blas se fundó "Los Andes," y al interior "Santa Cruz," llevando además el capitán Hernando Pérez de Meneses las instrucciones de construir un centro poblado en las márgenes del Mar del Sur; pero la conducta de los conquistadores rebeló a los indígenas, quienes destruyeron "Los Anades" y pusieron cerco a "Santa Cruz," cometiendo en su venganza excesos tales, que Pedrarias se vió obligado a despachar una expedición punitiva que, al mando del Capitán Antonio Tello de Guzmán, salió de Santa María en Noviembre de ese año. Guzmán auxilió a los sitiados de Santa Cruz, los cuales incorporó en sus filas, y entre expoliaciones y crueldades atravesó el país, invadió las tierras de Chepo y Chepavare, cruzó las de Pacora y se detuvo a las orillas del Mar del Sur, en el miserable caserío de unos indios pescadores, llamado por estos mismos "Panamá."

"Hay, dice el Licenciado Espinosa, desde el asiento de Chepo al de Chepavare, cinco leguas y del Chepavare a Pacora dos. Hay desde esta Provincia de Pacora al asiento de Panamá, tres leguas."

Tello de Guzmán, enfermo, volvió al Darién muy presto y esta jornada la describe someramente, en una carta el 11 de Abril de 1515 al rey, el Obispo del Darién, Fray Juan de Quevedo: "Los caciques e indios de la parte de Tubanamá y Panamá se han visto maltratar e matar e destruir; los que antes eran como corderos, que no sabían tirar una piedra, se hicieron tan bravos que mataron todos aquellos cristianos que estaban en Santa Cruz y cuantos hallaron derramados por la tierra; y aun salieron a Tello de Guzmán y lo pusieron en muy gran aprieto a él y a su gente. Con Tello de Guzmán venían cien hombres que los traxeron seis días acozados, hiriéndoles, hasta que llegaron al Puerto de Careta, que por unos ballesteros que allí estaban no los mataron a todos" y dice Pedrarias: "dicho Tello de Guzmán e ciento diez hombres que con él fueron, truxeron veinte mil pesos de tres caciques de la Provincia de Panamá". La suma es aproximada, porque en los cargos que se hicieron al Tesorero Alonso de la Puente por cuenta de las fundiciones en el Darién, aparecen de esa jornada partidas que totalizadas alcanzan a más de diez y nueve mil pesos.

El segundo de Guzmán, el Capitán Diego de Albites, exploró el Istmo por su parte más angosta; descubrió las márgenes interiores del

© Biblioteca Nacional de España

río Chagres; reconoció la costa de Nombre de Dios y cuando, incorporado a su Jefe, regresó a Santa María, despachó un comisionado a España para solicitar un mando en las comarcas que acababa de recorrer, y concorde con esta petición, la Corona, por Cédula de 23 de Marzo de 1516, lo nombró Justicia Mayor de dos pueblos que debía fundar, uno en el Norte, entre San Blas y Nombre de Dios, y otro en el Sur, en las tierras de Chepo. Albites no pudo dar cumplimiento sino a una parte de la capitulación que lo beneficiaba, poblando a fines de 1519 a Nombre de Dios, porque otros de sus compañeros se le adelantaron en el Pacífico y fundaron en el villorrio de pescadoras indígenas descubierto por Tello de Guzmán, la ciudad de Panamá.

© Biblioteca Nacional de España

Nicolás Victoria

(1862)

LOS NIÑOS, SEGUN EL EVANGELIO

En dos pasajes trata el Evangelio de los niños, y en ambos es para recomendarlos. El primero se encuentra en San Marcos y San Lucas, pero sobre todo en San Mateo, capítulo XVIII. Dice el Evangelista, que preguntando los discípulos al Redentor quién sería mayor en el reino de los cielos, llamó Jesús a un niño, y colocándole en medio, dijo: "En verdad os digo, que si no os volviéseis o hiciéreis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere un niño tal en mi nombre, a mí me recibe, y el que escandalizare a alguno de estos pequeñitos, que en mí creen, mejor le fuera que colgasen a su cuello una piedra de molino y le sumergiesen en lo profundo del mar".

El segundo pasaje se refiere en los mismos sagrados historiadores ya dichos, según los cuales algunos padres de familia llevaron a sus hijos a Jesús para que los bendijera. Los discípulos se indignaban contra ellos porque iban a producirle molestia, y los trataban con dureza; pero Jesús al ver esto, lo llevó muy a mal, y dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo estorbéis; porque de tales es el reino de los cielos. En verdad os digo que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él." Y abrazándolos y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo.

Por lo que de estos pasajes se deduce, los niños son la parte más escogida, la porción selecta de la humanidad. La razón de esto se encuentra en las mismas palabras del Salvador. La fe de los niños es ciega y eficaz, porque a nadie creen capaz de engañarlos, y obran con arreglo a sus creencias. En segundo lugar son inocentes, y por eso se les adjudica, como de derecho, el reino de los cielos; pues habiendo criado Dios el hombre para sí, era necesario que siendo El la misma santidad, el hombre que llegase a El estuviese limpio de toda culpa, es decir, en la más perfecta inocencia, la cual en toda su pureza sólo se encuentra en los niños. En tercer lugar dice que el que se humillare como niño será mayor en el reino de los cielos; por consiguiente, si los que a los niños se parecen han de ser reputados por mayores, claro es que éstos tam-

© Biblioteca Nacional de España

bién lo son, y que en el cielo merecen ese aprecio. Porque si el que se humilla como un niño es tenido por grande, lo es en realidad a los ojos de Dios, pues El mismo dijo: el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado, ¿cuánto mayor será la grandeza del niño, que naturalmente es humilde?

Todo el cariño que hacia los pequeñitos muestra el Redentor del mundo, da a conocer la importancia que a los ojos de Dios tiene la niñez. Jesucristo, que había venido al mundo para humillar a los soberbios y ensalzar a los débiles, trata de engrandecer a los niños, que no sólo son los más inocentes y los más incapaces de hacer daño, sino también los más débiles. Por eso los acerca a sí y los trata con amor, dando a entender cuánto es el aprecio que en el cielo se hace a los inocentes y para que no quedara la menor duda de la grandeza de los niños, dice: "el que reciba a uno de éstos en mi nombre, a mí me recibe." ¿Qué lugar puede haber a duda? En estas palabras excita a que se les reciba en su nombre, y para eso los compara consigo mismo, o mejor dicho, los iguala a sí mismo; lo cual es una grandísima prueba de su amor. Y en efecto, nadie mejor que los niños podía compararse con Jesús, porque siendo la inocencia, sólo los inocentes tienen derecho a parecérsele. Y si se parecen, además de participar de sus grandezas a los ojos de Dios, han de ser objeto principal de su cariño, porque los padres tanto más quieren a sus hijos cuanto más parecidos son a ellos. Por último, la acción de llamarlos a sí, de reprender porque les impiden venir a él y de abrazarlos y bendecirlos, demuéstra más que nada cuánta era la predilección con que Jesucristo los miraba y con que Dios siempre los mira.

He dicho que los niños son las criaturas más débiles, y la razón es porque en el alma carecen de conocimientos, y en el cuerpo de fuerzas. Necesitan, por consiguinte, del ajeno auxilio para atender a la propia conservación, y como los hombres suelen ser un tanto egoístas y no trabajan con gusto donde no hay recompensa, era inevitable que en la sociedad se quedasen muchos niños sin educación, y aun que pereciesen si no había quien se interesase por ellos.

Por esta razón los tomó el Divino Maestro bajo su protección; y para enseñar a la humanidad que eran cosa suya, y que por otra parte de él correría el pagar a quien los protegiere, dijo que el que recibiera un niño en su nombre a él le recibiría. Es decir, que Jesucristo recibiría como dispensados a él mismo cuantos beneficios se dispensaran a los niños, cuidando de ellos, y sobre todo enseñándolos, que es lo que generalmente más necesitan.

No se contentó con ello nuestro Redentor. Sabiendo que los hombres, arrastrados por su ignorancia o por su imprudencia, y acaso de su malicia, pudieran abusar del candor de los niños y dirigirlos por el mal camino con el ejemplo y consejos malos, previó este funesto lance y amenazando con terribles castigos al que pervirtiere un niño inocente, dijo: al que escandalizare a uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que le colgasen a su cuello una piedra de molino y le sumergiesen en el profundo del mar. En las cuales palabras son de notar tres

© Biblioteca Nacional de España

cosas. La primera que no dice el Señor al que enseñase mal, sino al que escandalizare. Porque enseñar mal es dar lecciones mal intencionadas, y escandalizar es sencillamente hablar u obrar mal de otros, aunque sea sin intención de ser imitado, o de pervertir. Lo primero ya se ve que es altamente criminal; pero lo segundo no está exento de culpas y por consiguiente de responsabilidad. Luego, si tan grande es la responsabilidad del que escandaliza, cuál será la del que pervierte? Y nótese que los niños, como desprovistos de experiencia, son más fáciles de escandalizar que las personas mayores, por lo que delante de ellos se necesita mayor recato.

La segunda cosa que debe notarse es que dice Jesucristo: estos pequeños que creen en mí. Todos creemos en Dios; pues, como dice el apóstol, hasta los demonios creen y se estremecen, como si quisiera dar a entender que la idea de Dios hace estremecer a los que tratan de convencerse de que Dios no existe. No es, pues, de esta fe de la que nos habla el Salvador en este pasaje. Es la fe viva; es decir, de aquella que va acompañada de buenas obras, que es la que suelen tener los niños, porque de ordinario sus costumbres se amoldan a las nociones que tienen de Dios y de la Religión. Por consiguiente, el emplear delante de ellos palabras y acciones que no estén ajustadas [illegible]

apariencia, a los preceptos divinos, es matar su fe, poniéndolos en camino de perderse

La tercera cosa que se debe notar, es la clase de castigo que Jesucristo propone como preferible al acto de escandalizar a los niños. Sabido es, que el castigo de arrojar al mar atados a una gran piedra era el que se imponía en algunos pueblos antiguos a los parricidas, es decir, a los mayores criminales; por consiguiente, al decirnos el Salvador que ese castigo es preferible a escandalizar a un niño, nos da a entender que ese delito es mayor que el parricidio. El parricidio es en verdad un delito enorme; pero al fin cometiéndolo, se quita sólo la vida del cuerpo. Al escandalizar a un niño se le enseña a perderse, y, como lo que en la niñez se aprende difícilmente se olvida, resulta que con el escándalo se quita la vida del alma, que es preferible a la del cuerpo.

Todo lo que Jesucristo nos enseña acerca de los niños tiene por consecuencia estas palabras de él mismo: Mirad, no despreciéis a uno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles en el cielo están siempre viendo el rostro de mi Padre que está en los cielos. Los niños son débiles y necesitan por lo tanto del ajeno auxilio, por lo cual Jesucristo se los recomienda a sus discípulos, que es tanto como ponerlos

© Biblioteca Nacional de España

hasta los juguetes que han servido a sus hijos, y se complacen en mirarlos y aun acariciarlos, porque de ese modo piensan en los seres a que pertenecieron. ¿Y quién que ame a Jesucristo no amará tiernamente a los niños, viendo que el Salvador del mundo los alaba y los bendice? Jesucristo nos recomendó la asistencia a los necesitados, enfermos, pobres, encarcelados . . . pero a ninguno con tanta insistencia como a los niños. Así como a ninguno demostró tanto cariño como a ellos.

© Biblioteca Nacional de España